

CUADERNOS

CEU-CEFAS | CENTRO DE ESTUDIOS, FORMACIÓN Y ANÁLISIS SOCIAL

CUADERNO 13 | otoño de 2025

Víctimas del Comunismo II

Colaboración de:

José Luis ORELLA

Ana BLANDIANA

Víctor Hugo MALAGÓN

Rajmund FEKETE

Julio BORGES JUNYENT

Mike GONZÁLEZ

Alejandro PEÑA ESCLUSA

Doohyun KIM

CUADERNOS

CEU-CEFAS | CENTRO DE ESTUDIOS, FORMACIÓN Y ANÁLISIS SOCIAL

CUADERNO 13 | otoño 2025

ISSN: 3020-1594
ISSN-E: 2952-1386

Fundados en 2022,
los *Cuadernos CEU-CEFAS*
se publican cuatro veces al año.

Las opiniones expuestas en
los trabajos publicados son
de la responsabilidad exclusiva
de sus autores.

© Todos los derechos reservados.

CEU-CEFAS tiene por
objetivo la promoción de
los principios inspiradores
fundamentales de la Doctrina
Social de la Iglesia en los
ámbitos cultural y político,
mediante la realización
de cursos, congresos y
publicaciones. CEU-CEFAS
aspira a constituirse en un
lugar de referencia y encuentro
para debatir, reflexionar,
formar, difundir e investigar
en el ámbito de las ideas para
mejorar la sociedad.

www.cefes.ceu.es

CEU-CEFAS
Calle de Guzmán el Bueno, 133
28003 Madrid | España
Teléfono: (+34) 91 514 05 77
cefes@ceu.es

Distribución gratuita
Depósito legal: M-28413-2022
ISSN: 3020-1594
ISSN-e: 2952-1386
Maquetación: CEU Ediciones
Impresión: Imedisa Artes
Graficas S.L.U.
Impreso en España

Publica: CEU Ediciones
Calle Julián Romea, 18
28003 Madrid | España
Teléfono: (+34) 91 514 05 73
ceuediciones@ceu.es

El CEU es una obra de la
Asociación Católica de
Propagandistas.

La Fundación Universitaria
San Pablo CEU es una entidad
inscrita en el Registro de
Fundaciones con el nº 60 /
CIF (G-28423275).

Consejo Editorial de CEU-CEFAS

Alfonso BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA, *Presidente*

Elio A. GALLEGO GARCÍA, *Director Académico*

Rémi BRAGUE

Alfredo CRUZ PRADOS

Alvino-Mario FANTINI

María del Carmen FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA CANTERO

Gregorio IZQUIERDO LLANES

Consuelo MARTÍNEZ-SICLUNA Y SEPÚLVEDA

Jerónimo MOLINA CANO

Jaime NOGUEIRA PINTO

Benigno PENDÁS GARCÍA

José Antonio PÉREZ RAMOS

Carlos RODRÍGUEZ BRAUN

Manuel Alejandro RODRÍGUEZ DE LA PEÑA

Jorge SOLEY CLIMENT

Pablo VELASCO QUINTANA

Índice

Presentación

José Luis ORELLA

9

Un memorial entre dos Europas

Ana BLANDIANA

13

La explosión revolucionaria en Iberoamérica

Víctor Hugo MALAGÓN

27

Contra el olvido: la necesidad de una verdad histórica

Rajmund FEKETE

39

Hispanoamérica: revolución o muerte... Y fue muerte

Julio BORGES JUNYENT

65

Black lives matter, *wokismo* y la izquierda radical: el plan para destruir Estados Unidos

Mike GONZÁLEZ

107

**El nuevo totalitarismo en Iberoamérica:
progresismo *woke* y crimen organizado**

Alejandro PEÑA ESCLUSA

113

**Una mentira necesaria:
mi viaje de Corea del Norte a la libertad**

Doohyun KIM

123

Presentación

José Luis ORELLA

EL II Congreso Internacional de Víctimas del Comunismo fue organizado por el Centro de Estudios, Formación y Análisis Social CEU-CEFAS y la Cátedra CEU de Historia, «Memoria e Identidad» del Instituto de Estudios Históricos de la Universidad CEU San Pablo. La labor de CEFAS es la formación de nuevos líderes sociales y la de la Cátedra «Memoria e Identidad», el estudio del pasado, ambas labores tienen el objetivo de concienciar a la sociedad sobre los crímenes cometidos por las ideologías totalitarias, sus causas y sus consecuencias, con el objetivo de defender la dignidad de la persona. En línea con este pensamiento surgió la idea de la organización de un Congreso Internacional de Víctimas del Comunismo.

9

A nivel internacional, el Parlamento Europeo hizo del 23 de agosto, el día del Recuerdo de las víctimas del comunismo y del nazismo. En base a la Resolución del Parlamento

Europeo, de 19 de septiembre de 2019, sobre la importancia de la memoria histórica europea para el futuro de Europa.

La relevancia que adquirió hace dos años el primer Congreso Internacional de Víctimas del Comunismo llevó a la organización de un segundo. Aunque el comunismo desapareció visiblemente con la caída del muro de Berlín, y los países centroeuropeos todavía sufren sus consecuencias sociales, su vertiente violenta se mantiene a través del terrorismo en los países hispanoamericanos y africanos. A nivel global, la última mutación del socialismo del siglo XXI es el movimiento *woke*, surgido de la izquierda del mundo «liberal» estadounidense y de la Escuela de Frankfurt, cuyo objetivo es la deconstrucción de la sociedad basada en valores cristianos para su mejor control.

La poeta rumana, Ana Blandiana, premio Princesa de Asturias de las Letras 2024, que inauguró el Segundo Congreso Internacional Víctimas del Comunismo, hizo alusión a The Sighet Memorial, el Memorial a las Víctimas del Comunismo y de la Resistencia en Rumania. En sus palabras:

«Hoy podemos ver cómo el Comunismo sigue vivo en Vietnam, China y Corea del Norte, y, residualmente, ha

dejado huella en las mentalidades de los países que fueron antiguos regímenes comunistas». Blandiana explicó que, aunque el comunismo ha desaparecido como sistema, no lo han hecho su discurso ni sus métodos, con los que pretende conseguir una sociedad sumisa, pedir a sus ciudadanos sentirse felices por estar sometidos. Un discurso que ha calado entre los jóvenes: «Cuando el mito del comunismo nació como un método para crear un mundo mejor, ostentaba un poder absoluto; este poder sigue existiendo y extendiéndose de manera peligrosa entre los jóvenes, con los movimientos *woke*; seguirá existiendo el cuento sobre la igualdad de las personas».

11

En esta ocasión nos acompañaron 35 expertos internacionales de 14 países; ponentes de Rumanía, Polonia, Hungría, Rusia, Cuba, Perú, Colombia, Venezuela, Nicaragua, Italia, EE.UU., Corea del Norte y España, que abordaron los crímenes y la represión en los países de la Europa central y balcánica; Kazajistán, que se convirtió en el epicentro del Gulag de la Unión Soviética, donde no sólo sufrieron rusos y kazajos, sino también españoles en el terrible campo de Karaganda; la explosión revolucionaria en Iberoamérica, aprovechando las profundas diferencias sociales; el terrorismo revolucionario en Europa occidental; y el caso actual de Corea del Norte, con el asociado de Redes Sociales para el

12 Comité de Derechos Humanos en Corea del Norte, Doohyun Kim quien puso punto final con su conferencia de clausura «La supervivencia del comunismo hoy: Corea del Norte».

En este cuaderno podrán encontrar algunos textos seleccionados de nuestros invitados quienes nos dieron una visión global de la presencia del mal en el mundo y cómo el CEU volvió abrir las puertas para ser la casa de los hombres libres. En esa herencia que el movimiento *woke* pretende borrar de nuestras conciencias, dar el pan y la sal a nuestros nuevos amigos, un hogar de descanso, una forja para una nueva alianza.



*Todos los contenidos del congreso fueron grabados
y pueden consultarse a través del código QR que acompaña este cuaderno.
Animamos al lector a complementar la lectura de las ponencias escritas
con su versión audiovisual, para acceder al tono, matices y riqueza
del intercambio intelectual que allí tuvo lugar.*

Un memorial entre dos Europas

Ana BLANDIANA

EL hecho de que me hayan invitado hoy a hablarles, no sobre mis libros publicados en España, sino sobre las víctimas del comunismo y sobre el primer memorial del mundo dedicado a las víctimas del comunismo en Rumanía, un país de Europa del Este, tiene un profundo significado para mí, por dos razones distintas: no solo confirma que, en nuestro mundo cada vez más pequeño, el comunismo y sus secuelas constituyen un problema de alcance global que no solo exige un análisis riguroso, sino también medidas que eviten su repetición. Además, el legado de memoria y sufrimiento que Europa del Este ha ofrecido al mundo debe ser reconocido como parte del patrimonio cultural universal. En los países europeos que estuvieron sometidos durante medio siglo a la represión comunista, la libertad no era un derecho garantizado por la ley, sino un acto de heroísmo y una forma de talento, que a menudo se confundía con el talento literario.

13

14 El Memorial de Sighet, que ocupa el lugar de un libro no escrito en mi vida, es para mí una especie de evangelio no escrito, y comparte el significado que los sabios medievales le dieron a este término: un manual que ayuda a recuperar la memoria, o más concretamente un abecedario para aprender a recuperar la memoria. La mayor victoria del comunismo –una victoria cuya importancia solo hemos comprendido de forma muy dramática después de 1989– fue la creación del hombre sin memoria, el hombre nuevo, moldeado por el lavado del cerebro, que no debía recordar lo que había sucedido, lo que tenía o lo que había hecho durante el periodo comunista. La memoria es una forma de verdad que había que destruir o manipular para fabricar una nueva versión de la verdad que sirviera a sus propios intereses. La destrucción de la memoria, un crimen al mismo tiempo contra la nación y contra la historia, es el principal logro del comunismo.

Esto es así porque la represión comunista no solo alteró las reglas de la historia, sino que también transgredió las leyes de la naturaleza, lo que significa que el horror nacido ante esta opresión debe superar primero la incredulidad y el asombro. En la tragedia de Katyn, en 1940, los soviéticos fusilaron a 22.000 oficiales e intelectuales polacos. Esto supera los límites de la mente humana por su magnitud e intensidad,

trasciende también los límites dramáticos de la historia y aparece como una construcción diabólica del mal absoluto, como una crónica del infierno. De las innumerables frases que han pasado a la historia sobre Katyn, algunas tan cínicas que resultan casi insoportables, la que me parece más espantosa es la de Iván Maiski, embajador soviético en Londres en aquella época, quien, sin negar las acusaciones, declaró que el destino de los polacos estaba sellado, ya que era «un país de 20 millones de habitantes en las inmediaciones de un país de 200 millones». ¿No crees que has oído esa frase una y otra vez muy recientemente, si sustituimos Polonia por Ucrania? Algo similar ocurrió durante el menos conocido fenómeno Pitesti en Rumanía. Pitesti era una prisión en la década de 1950 donde se detenía a estudiantes, donde se obligaba a las víctimas a golpearse entre sí, a comer sus excrementos, a blasfemar e insultar a sus madres.

La represión supuso la destrucción de la condición misma del ser, implicó la increíble crueldad de atormentar a los niños, de utilizarlos contra sus padres como informantes, de usar la infancia como un terreno monstruoso de lucha de clases en el que un niño de 10 años, como el famoso primer ministro soviético Pavel Morozov, se convirtió en un modelo y un héroe absoluto por denunciar a su abuelo por

16 haber escondido su parte de trigo en lugar de entregarla al Estado. Las víctimas aquí no eran solo las personas; la propia definición de humanidad se convirtió en un objetivo.

Para nosotros, la creación del Memorial de las Víctimas en Sighet no era un fin en sí mismo, sino un medio. No pretendíamos crear una obra maestra museográfica, en la que los crímenes de la historia reciente se expusieran artística y científicamente en estanterías que pronto acumularían el polvo de la indiferencia contemporánea. Lo que nos propusimos, y lo que hemos intentado desesperadamente conseguir, es un medio para recuperar la identidad de una generación que había sido sometida a un lavado de cerebro y ya no sabía de dónde venía ni adónde iba; una generación incapaz de transmitir a las generaciones venideras lo que debía. El Museo Memorial de Sighet es el lugar donde los jóvenes entran en contacto por primera vez con un pasado que ni la escuela ni sus padres lograron transmitirles. Es una verdadera pedagogía del arte de no olvidar. En el Memorial de Sighet, los jóvenes leen documentos, ven imágenes, escuchan análisis y testimonios acerca de los monstruosos mecanismos de la historia basados en el odio de clase y la represión de los derechos humanos más elementales en la última mitad del siglo xx, mecanismos que conciben el odio como combustible de la historia.

Por otro lado, el odio y el fanatismo siguen existiendo incluso más allá de la desaparición de las formas institucionales en las que han proliferado. De hecho, el comunismo ha desaparecido como sistema, pero no así sus métodos y mentalidades, por lo que su análisis es un proceso que resulta útil tanto para el pasado como para el futuro. Basta recordar que los miembros de las organizaciones terroristas de los años sesenta, setenta y ochenta fueron entrenados en campos militares de tiro en Europa del Este utilizando armas de origen checo y soviético, para darse cuenta de que el estudio del comunismo y de sus métodos se perfila como una forma inteligente para comprender y resolver los problemas recientes del mundo.

Una de las preguntas que nos hacen a menudo en relación con el Memorial es: «¿Por qué decidieron instalar el museo en la prisión situada en la ciudad de Sighet, cuando había otras prisiones mucho peores?». La respuesta es sencilla: «Porque Sighet marcó el comienzo». Sighet fue el lugar donde, con una claridad casi teórica, se pusieron en práctica –y, por lo tanto, se revelaron– los procedimientos y las etapas de la represión, procedimientos que, para llegar a ser realmente eficaces, debían de empezar a destruir, en primer lugar, a todas las élites. Sighet es el lugar donde comenzó

18 la eliminación de las élites políticas, culturales, religiosas, sociales, profesionales y morales. En Sighet se eliminó de forma preventiva a la cúspide de la sociedad, suprimiendo así la posibilidad de reconstruir la sociedad civil y preparando el terreno para el hombre nuevo.

En 1993, junto con Romulus Rusan, propuse al Consejo de Europa transformar la prisión de Sighet en una institución internacional dedicada a la memoria de la represión comunista. Así, bajo los auspicios del Consejo de Europa, este proyecto fundó el primer memorial del mundo dedicado a las víctimas del comunismo. Cuatro años más tarde, el Parlamento rumano declaró el Museo de Sighet lugar de interés nacional. El museo cuenta con cincuenta y dos salas en las que se repasan cronológicamente los cuarenta y cinco años de comunismo en Rumanía. Para dar una idea del museo a aquellos que aún no lo han visitado, mencionaré los nombres de algunas de las salas: «La falsificación de las elecciones de 1946», «1948: el año de la soviétización», «La creación y el funcionamiento de la Securitate», «La colectivización forzosa de la agricultura», «La destrucción de los partidos políticos», «Las deportaciones», «Los trabajos forzados», «Las demoliciones», «Las persecuciones a la Iglesia», «La represión de las minorías étnicas y religiosas», «La

resistencia en las montañas», «La poesía en las cárceles», «Las mujeres en las cárceles» y muchas otras. 19

Además de las salas dedicadas al comunismo rumano, hay cuatro salas que tratan sobre el comunismo en otros países del Este: «Las revueltas de 1953 en Berlín y Turingia», «La revolución en Hungría», «Solidarność y los movimientos revolucionarios de Gdańsk», «La Primavera de Praga», así como la gran exposición sobre la «Cronología de la Guerra Fría», que ilustra la proyección internacional del comunismo. Cada una de estas salas es el fruto de la investigación del Centro Internacional para el Estudio del Comunismo que, junto con el Museo de Sighet, forma el Memorial a las Víctimas del Comunismo y la Resistencia. Hace 32 años, cuando iniciamos este proyecto, no había historiadores especializados en la historia del comunismo rumano, ni disponíamos de la bibliografía actual sobre este tema. Hemos organizado simposios, publicado libros (los más importantes son las siete mil páginas de los *Anales de Sighet* y *El libro de los muertos*, de casi mil páginas), así como las colecciones «Documentos», «La hora de la historia» y «La biblioteca de Sighet». El Departamento de Historia Oral ha realizado seis mil horas de grabaciones, algunas de las cuales se han archivado en la Institución Hoover de Stanford, California. Hemos realizado

20 exposiciones itinerantes en Rumanía y en el extranjero. Las exposiciones más importantes representan el resultado de años de investigación por parte de un pequeño grupo de investigadores liderado por Romulus Rusan, quien también fue comisario de las exposiciones «El comunismo y los campesinos», «La cronología de la Guerra Fría», «El canal: un cementerio programado» y «El Pentecostés negro». La versión alemana de «El Pentecostés Negro» ha recorrido un número significativo de ciudades alemanas, entre ellas Berlín, Múnich y Tubinga. La exposición más reciente es «Mujeres en prisión. Las enemigas del pueblo».

Además del museo, de los simposios y de las actividades editoriales, se añade la Escuela de Verano. Cada año, alrededor de un centenar de adolescentes de Europa y Estados Unidos han asistido a la escuela, escuchando conferencias de docenas de especialistas en la historia del comunismo.

Así, complementado por la Escuela de Verano, el Memorial de Sighet representa el lugar y el medio por el cual los adolescentes de hoy, que han sido eximidos de la siniestra distorsión del pasado, aprenden lo que sus propios padres no supieron enseñarles: lo que representan como resultado genético de la historia y que pueden llegar a ser ellos mismos

como producto de su propio esfuerzo. A través de la Escuela de Verano, el Memorial se transforma en un museo vivo, una institución de la memoria que transmite de una generación a otra las verdades sin las cuales no podríamos avanzar. Gracias a la Escuela de Verano, el Museo Memorial de las Víctimas del Comunismo y la Resistencia salió de las paredes de la prisión de Sighet para trasladarse a las mentes de miles de jóvenes que tratan de comprender la historia para comprenderse a sí mismos.

No solo la existencia de la Escuela de Verano transforma el Memorial en una auténtica institución educativa, sino también el elevado porcentaje de jóvenes entre el público visitante del museo (más del 40%), los numerosos grupos de escolares, los estudiantes de las facultades de Historia de Rumanía y Alemania que acuden a realizar cursos o prácticas en el museo, así como el creciente número de tesis cuyo objetivo es el estudio del Memorial y su temática. Si dispusiéramos de fondos suficientes, lo ideal sería que jóvenes de otros países, además de Rumanía y la República de Moldavia, acudieran a la Escuela de Verano para escuchar a expertos de Francia, Inglaterra, Alemania, Estados Unidos y, por supuesto, de los antiguos países comunistas. Esto podría suponer un paso hacia la unión de las dos Europas, ya que,

22 para que se conviertan verdaderamente en una sola, primero tendrían que conocerse y reconciliar no solo sus economías, sus sistemas de defensa y sus políticas públicas, sino también sus recuerdos.

Pero tal vez estos jóvenes que tuvieron la suerte de nacer más tarde o en otras latitudes nos pregunten: «¿Para qué debemos recordar?». Al fin y al cabo, es normal que las personas intenten olvidar las penurias que han sufrido para recordar solo las alegrías del pasado. ¿Por qué no deberíamos intentar olvidar este medio siglo marcado por un comunismo traumático? Mi respuesta es: porque solo los ingenuos creen que el comunismo ha terminado con la caída del Muro de Berlín. Continúa formalmente en China, Vietnam y Corea del Norte; continúa de forma residual en las huellas que ha dejado en la mentalidad de los antiguos países comunistas, y continúa en las formas virulentas y a menudo violentas de corrección política que proliferan en Estados Unidos bajo diversos nombres (cultura de la cancelación, *woke*); y se extiende como una mancha contaminante y explosiva en la conciencia de las generaciones más jóvenes de todo el planeta. Y aunque el comunismo ha desaparecido como sistema, sigue influyendo en los movimientos de la historia.

La nuestra es una era poscomunista nacida de las realidades de la Unión Soviética; el nuevo orden mundial procede de Yalta. Quienes no vivieron bajo el comunismo no pueden comprender lo que está sucediendo hoy; los jóvenes no pueden prever lo que les espera sin descubrir lo que ocurrió cuando el mito del comunismo como constructor de un mundo mejor era un dogma absoluto. En el Memorial a las Víctimas del Comunismo en Rumanía, la memoria se percibe desde el punto de vista de las víctimas como una forma de justicia, que hoy puede y debe convertirse en una forma de salvación. Porque el comunismo no ha terminado y tal vez nunca termine del todo, porque es un cuento sobre el sueño siempre soñado de la igualdad entre las personas, una igualdad que en la democracia se manifiesta en términos jurídicos, pero que en la naturaleza y en la realidad no existe. Los seres humanos no son iguales, algunos son guapos y otros feos, algunos son buenos y otros malos, algunos son inteligentes y otros no, algunos son más ricos que otros, y el que tiene un coche siempre envidiará al que tiene un avión y el que tiene un apartamento siempre envidiará al que tiene un palacio. Las decenas de millones de camas de Procusto del comunismo no han resuelto este problema. Para poder defendernos, no debemos olvidar.

Nuestro Memorial no se pronuncia a favor ni en contra de ninguna tendencia política concreta, sino que defiende la necesidad de la verdad y el respeto al ser humano, a todos y a cada uno de ellos. Ninguna ideología del mundo puede legitimar un crimen, y en el caso de un crimen político no se trata de una cuestión de relación entre la derecha y la izquierda, sino entre la víctima y el verdugo. La destrucción de la memoria que contiene esta verdad fue la obsesión y la finalidad del comunismo. Porque, a diferencia de todas las dictaduras y terrores de la historia mundial, el comunismo no solo exigía a sus súbditos que fueran sumisos, sino que incluso los obligaba a estar felices de ser sometidos. Solo la memoria puede impedir esta humillación y aberración, ya que la memoria es el esqueleto de cualquier sociedad, y en la medida en que se destruye –y el comunismo casi lo ha conseguido–, la sociedad se convierte en un monstruo blando y desarticulado, moldeable por las fantasías criminales.

En los últimos 30 años he escrito muy a menudo, animándome a mí misma, que la historia no da marcha atrás. Ya no estoy tan segura, porque, al fin y al cabo, puede retroceder sin volver sobre los caminos recorridos y sin llegar exactamente al mismo lugar. La mezcla indigesta pero funcional

del comunismo y el capitalismo en China pone a Marx en un paréntesis. El capitalismo se ha impuesto en China y se ha globalizado, conquistando los mercados del planeta, mientras que la represión al estilo comunista se adapta a la lucha a través de Internet y las redes sociales.

A su vez, Putin está utilizando con éxito todos los métodos de represión y perversión de la verdad aprendidos en la Unión Soviética, el más hábil y eficaz de los cuales es la manipulación del mundo libre. La guerra híbrida de Rusia contra las democracias actuales no es más que la adaptación de la tecnología informática a las técnicas soviéticas.

Mientras tanto, como en un truco de magia negra, nuestro continente parece estar reviviendo la atmósfera previa a la última guerra mundial, con el amenazante auge de la extrema derecha y la aberrante sombra del Pacto Ribbentrop-Molotov. El adagio atribuido a Stalin, «la muerte de un hombre es una tragedia, la muerte de un millón una mera estadística», debe recordarse no solo a la luz de las monstruosas estadísticas de la Unión Soviética, China, Laos y Vietnam, sino también a la luz de los planes para un nuevo orden mundial soñado por los propios dictadores. No debemos fingir que no sabemos. No podemos dejar de recordar.

En este mundo desconcertado, la memoria de las víctimas del comunismo, con su dote de sufrimiento, fe y lucidez, traída como ofrenda de los países del Este al Occidente entre las dos Europas, es un argumento a favor de la resistencia, la unificación y el sentido común. El cristianismo, la revolución más radical de la historia, trajo a la humanidad la buena nueva, el evangelio del amor, que, aunque pisoteado, ha seguido iluminando el camino y marcando las pautas durante 2000 años. Luego, en el siglo xx, el amor fue sustituido por el odio –el odio de clase o el odio racial– y hubo que redefinirlo todo. Ahora descubrimos con horror que, tras la derrota del amor por los diversos odios y tras su colapso en sus propias catástrofes, ya no sabemos qué hacer.

¿Somos capaces de traer otra buena nueva? Y si no, ¿qué es lo siguiente?

Porque no olvidemos que, mientras en Occidente se anunciaba la muerte de Dios, en Europa del Este se asesinaba salvaje y científicamente al hombre. ¿Y quién puede decir si es más difícil resucitar a Dios o al hombre?

La explosión revolucionaria en Iberoamérica

Víctor Hugo MALAGÓN

Introducción

LA historia de Iberoamérica ha estado marcada por constantes estallidos revolucionarios que han pretendido cambiar el orden establecido en nombre de la justicia social, la igualdad o la soberanía. Sin embargo, desde una perspectiva crítica y cristiana, estas revoluciones han sido en muchos casos fuente de una violencia mucho mayor que la que pretendían erradicar. En esta ponencia defenderé que las revoluciones de izquierda en el siglo xx y xxi han constituido la mayor y más injusta violencia sufrida por los pueblos de nuestra región, destruyendo sistemáticamente los ideales de libertad, dignidad y paz.

27

Esta lectura no niega que existieran desigualdades o regímenes autoritarios previos. Pero sí sostiene que las soluciones revolucionarias, particularmente de signo marxista y populista, han agravado esas injusticias, instaurando nuevos

28 sistemas de opresión que destruyen el alma de los pueblos, su libertad espiritual y material, su moral cristiana, y su orden natural.

I. Antecedentes históricos: tensiones legítimas

Iberoamérica heredó del orden colonial una sociedad desigual y centralizada, donde los pueblos originarios, los esclavos africanos y los mestizos apenas fueron reconocidos como personas. La lucha por la independencia fue, en parte, una respuesta legítima a esa realidad. Las ideas de la Ilustración, muchas de raíz cristiana, aportaron principios nobles: la dignidad de la persona, la libertad de conciencia, el derecho a la autodeterminación.

Sin embargo, muchas de esas revoluciones de independencia estuvieron dirigidas por grupos que no buscaban una transformación profunda sino una sustitución de poder. La pobreza, el analfabetismo, y la marginación persistieron, alimentando el resentimiento que más tarde capitalizaría la izquierda revolucionaria.

Las revoluciones de izquierda en el siglo xx se presentaron como movimientos libertadores. Prometieron justicia social, emancipación del imperialismo y dignidad para los pobres. En la práctica, instauraron regímenes autoritarios, violentos y anticristianos. Como señala el historiador Paul Johnson, «los regímenes revolucionarios del siglo xx produjeron más represión que aquellos a los que pretendían derrocar» (*Tiempos modernos*, 1983).

El filósofo polaco Ryszard Legutko, antiguo opositor al comunismo, afirmó: «Las ideologías totalitarias siempre comienzan prometiendo la redención de los oprimidos, pero terminan suprimiendo cualquier disidencia bajo el pretexto de construir el paraíso».

a. Cuba: la traición revolucionaria

Fidel Castro prometió libertad y justicia. El resultado fue un régimen totalitario que persiguió la fe, eliminó la propiedad privada, encarceló opositores y empobreció al pueblo. Más de un millón de cubanos huyeron al exilio. La revolución cubana se exportó como modelo a toda la región, sembrando

30 guerrillas y subversión. Como documenta Carlos Alberto Montaner, «la Revolución cubana convirtió a Cuba en un campo de concentración ideológico» (*Viaje al corazón de Cuba*, 2007).

Cuba demostró que una dictadura puede ejercer control total a través del miedo, la vigilancia, el adoctrinamiento y la propaganda. La revolución que prometía dignidad acabó devorando a su propio pueblo.

b. Nicaragua: el sandinismo tiránico

El Frente Sandinista llegó al poder en nombre del pueblo y de los pobres. Hoy, Daniel Ortega dirige un régimen represivo, donde los sacerdotes son perseguidos, los obispos encarcelados y los derechos humanos pisoteados. El discurso de justicia ocultaba una vocación totalitaria. Human Rights Watch y Amnistía Internacional han denunciado la sistemática represión a la disidencia política y religiosa desde 2018.

Incluso organismos multilaterales han reconocido el carácter dictatorial del régimen. El obispo Rolando Álvarez, encarcelado por su fe, se ha convertido en un símbolo del martirio cristiano contemporáneo.

Hugo Chávez y Nicolás Maduro construyeron un régimen basado en el control ideológico, la censura, el clientelismo y la represión. Millones de venezolanos han huido del país. La pobreza extrema, la desnutrición infantil y el colapso institucional son consecuencias directas de un modelo inspirado en el socialismo del siglo XXI. El economista Ricardo Hausmann ha dicho: «Venezuela es el único país que ha destruido su economía en tiempos de paz sin sufrir un desastre natural».

Jean-François Revel, en *La gran mascarada*, escribió: «El comunismo fue la única ideología que, tras fracasar en todas partes, siguió siendo celebrada como esperanza por los intelectuales». Venezuela encarna esa paradoja.

d. *Colombia: la guerra prolongada de una supuesta revolución*

Colombia ha vivido más de seis décadas de conflicto armado, impulsado por una revolución marxista que nunca logró legitimidad popular. Las FARC, el ELN y otros grupos armados pretendieron liberar al pueblo a través de secuestros, extorsión, narcotráfico y asesinatos selectivos. Su discurso de justicia social sirvió para encubrir una maquinaria criminal que

32 desangró al país. Aunque se firmaron acuerdos de paz, muchos de sus antiguos cabecillas hoy hacen parte de la vida política sin haber hecho un examen moral de su historia de violencia.

El caso colombiano evidencia que la izquierda armada ha fracasado en su intento de redimir al pueblo. Ha causado muerte, desplazamiento, pobreza, destrucción institucional y una cultura del miedo. Y hoy, bajo nuevas formas políticas, persiste una agenda que ignora la libertad individual, la familia y la fe cristiana como fundamentos del bien común.

Como advierte Plinio Apuleyo Mendoza, «Colombia ha sido víctima de una izquierda que no cree en la libertad sino en el poder absoluto del Estado, y que justifica cualquier crimen en nombre de una revolución que nunca llegó» (*El regreso del idiota*, 2007).

III. El Foro de São Paulo y el Grupo de Puebla: el comunismo transformado

Tras la caída del Muro de Berlín y el fracaso del comunismo clásico, la izquierda latinoamericana reorganizó su estrategia mediante plataformas internacionales como el Foro de São Paulo

(fundado en 1990 por Fidel Castro y Lula da Silva) y el Grupo de Puebla (establecido en 2019 como su heredero ideológico).

Estas instancias no son simples espacios de debate, sino verdaderos laboratorios políticos para la toma del poder mediante medios democráticos formales pero con fines totalitarios. Reúnen partidos y líderes de izquierda que, aunque con métodos más sutiles, promueven la misma ideología colectivista, estatista, secularizante y contraria al orden natural. Utilizan el lenguaje de derechos humanos, diversidad, género y justicia climática para avanzar una agenda ideológica que socava la libertad, la propiedad y la fe.

Como señala el analista Agustín Laje, «el Foro de São Paulo fue la respuesta de la izquierda latinoamericana al colapso soviético: cambiar la estrategia sin cambiar los fines» (*Generación idiota*, 2022).

El Grupo de Puebla es hoy su continuidad, conformado por expresidentes y líderes activos que promueven el socialismo del siglo XXI. En nombre de la integración latinoamericana impulsan políticas que consolidan el poder estatal, debilitan la familia y persiguen a la Iglesia. Son las nuevas máscaras de una vieja revolución.

Las revoluciones de izquierda han supuesto:

- La destrucción de la familia como núcleo social.
- El desprecio por la libertad religiosa y de conciencia.
- La imposición del materialismo histórico como única verdad.
- La violencia sistemática como método de acción política.

Lejos de liberar, estas revoluciones han esclavizado. Han convertido a ciudadanos en siervos del Estado, y a los pobres en dependientes de subsidios manipulados electoralmente. El alma cristiana de los pueblos ha sido herida por ideologías que niegan el valor trascendente del ser humano.

San Juan Pablo II, en su encíclica *Centesimus Annus* (1991), advierte: «La solución marxista ha fracasado, pero el problema del subdesarrollo y de la pobreza permanece y exige un enfoque justo y radicalmente humano, que respete la dignidad de cada persona».

Aleksandr Solzhenitsyn, en su célebre discurso de Harvard (1978), denunció con valentía que «la línea divisoria entre

el bien y el mal no pasa entre Estados, sino dentro de cada corazón humano», recordándonos que la verdadera revolución es la del espíritu. 35

V. Una visión cristiana: el camino alternativo

La verdadera revolución que Iberoamérica necesita no es la del resentimiento, sino la de la conversión moral, la regeneración cultural, y el respeto a la libertad. El cristianismo enseña que todo poder debe estar al servicio del bien común. El liberalismo clásico afirma que el individuo tiene derechos inalienables, que no pueden ser pisoteados en nombre de la revolución.

Una Iberoamérica libre y justa solo puede construirse sobre tres pilares:

- La **dignidad inviolable de toda persona**, creada a imagen de Dios.
- El **orden moral objetivo**, que limita el poder y orienta la ley.
- La **subsidiariedad**, que defiende la libertad de la sociedad civil frente al estatismo.

36 Como recuerda Benedicto XVI: «La justicia no se crea sólo con estructuras, sino con hombres justos» (*Spe Salvi*, 2007).

Conclusión

La historia reciente de Iberoamérica demuestra que las revoluciones de izquierda han fracasado. No han redimido a los pobres, sino que los han utilizado. No han traído justicia, sino esclavitud. El camino cristiano, aunque más exigente, es el único capaz de generar una libertad verdadera, una paz duradera y una justicia con raíces espirituales.

«Donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad» (2 Cor 3,17).

Bibliografía breve recomendada:

37

JOHNSON, Paul. *Tiempos modernos*. Ed. Planeta, 1983.

MONTANER, Carlos Alberto. *Viaje al corazón de Cuba*. Plaza Janés, 2007.

MENDOZA, Plinio A.; VARGAS LLOSA, A.; MONTANER, C. A. *El regreso del idiota*. Planeta, 2007.

JUAN PABLO II. *Centesimus Annus*. Vaticano, 1991.

BENEDICTO XVI. *Spe Salvi*. Vaticano, 2007.

HAUSMANN, Ricardo. Varios artículos en Project Syndicate y Harvard Kennedy School.

LEGUTKO, Ryszard. *The Demon in Democracy*. Encounter Books, 2016.

REVEL, Jean-François. *La gran mascarada*. Taurus, 2001.

SOLZHENITSYN, Aleksandr. *A Warning to the West*. Discurso en Harvard, 1978.

Contra el olvido: la necesidad de una verdad histórica

Rajmund FEKETE

La falsa visión del futuro perfecto

Cien millones de personas. Cien millones de víctimas. Ejecutadas, torturadas, destrozadas, desplazadas, física y espiritualmente mutiladas. La mentira del comunismo se ha cobrado cientos de millones de vidas a lo largo de setenta años, enmascarando su verdadera naturaleza con metas sublimes y una visión aparentemente noble. Igual que su hermano menor, el nacionalsocialismo –despreciado y proscrito–, convirtió en práctica legítima y cotidiana la estigmatización, la exclusión e incluso la tortura y el asesinato de otros seres humanos.

39

El comunismo exigía exclusividad, ofrecía una nueva identidad, un nuevo tipo de hombre, el *homo sovieticus*, y se presentaba como el depositario de la única fe verdadera e incuestionable. Por eso se negó a Dios y a la fe, y por eso se persiguió a los creyentes. Que quede claro: el comunismo fue una religión. Tenía una Biblia: *El Capital* de Marx. Sus

40 textos sagrados: los escritos de Marx, Engels, Lenin, Stalin, Mao. Su catecismo: el *Manifiesto Comunista*. Igual que la Biblia, la narrativa histórica marxista es una historia de redención, con el capitalismo como pecado original. Creía en la salvación y en el paraíso, como las religiones. La única diferencia era que lo prometía ya en la tierra. «Los cristianos [...] buscan el mejor futuro de la humanidad en la bienaventuranza celestial [...] Pero nosotros [...] queremos el cielo en esta tierra» –se lee en la obra de Moses Hess de 1846, *La confesión comunista de fe*.

El ciudadano soviético temía no menos que un católico al Juicio Final; la única diferencia era que la policía secreta operaba en este lado de la muerte, y de ella no había absolución posible. Quienes se negaban a «creer» afrontaban, en el mejor de los casos, un exilio helado, la opresión, o en el peor, la muerte. Estos son los hechos fríos y duros. Tan fríos que ni siquiera queremos comprenderlos.

Lo peor es que realmente ocurrió. Nuestros semejantes fueron asesinados por una falsa visión de un futuro perfecto. Millones de ellos. En palabras de Hannah Arendt, en una «masacre administrativa», mientras al mundo entero se le aseguraba que el comunismo era «el mejor de todos los mundos». Desde

el primer momento hasta el último, sin embargo, el modelo soviético –tal y como se aplicó– fue una dictadura total.

41

Desde el inicio mostró rasgos extremadamente repulsivos, totalmente contradictorios con sus fines declarados, es decir, con el ideal. En lugar de abundancia, generó escasez de bienes; en lugar de igualdad, duplicó las raciones para los cuadros del partido y creó una nueva clase dirigente: la élite. En lugar de fraternidad, instauró un sistema de sospecha e infiltración generalizada. En lugar de libertad, tejió una telaraña de las más básicas, absurdas y humillantes restricciones sobre la sociedad, a la que mantuvo en miedo mediante el terror más despiadado. No conocía la moderación, pues su naturaleza nació de la semilla del mal humano. Por eso, desde el primer momento, utilizó la violencia contra sus enemigos, reales o imaginarios, en una escala hasta entonces desconocida.

El odio de clase inagotable, la lógica del «conmigo o contra mí», el desprecio por las leyes morales, el comportamiento cínico e inhumano dieron como resultado la muerte de cientos de millones de personas. «El destierro de la existencia humana, la tortura, el hambre, el trabajo esclavo, la muerte por tormento son lo mismo en Recsk que en Dachau, y Kolimá no difiere en este sentido de Mauthausen. [...] Tanto la red del Gulag

42 como los campos nazis fueron creados con el mismo objetivo, y los millones de víctimas dan testimonio de que cumplieron su propósito», escribe Imre Kertész, escritor húngaro galardonado con el Nobel y superviviente del Holocausto.

Pero las dictaduras comunistas no solo cometieron crímenes imperdonables contra quienes consideraban enemigos, sino también contra sí mismas y sus propios camaradas, al convertir a todos en traidores, colaboradores, insurgentes, aplaudidores, sordos, mudos y ciegos. El sistema de terror comunista se basaba en la exclusividad y en la unificación, politizando todos los ámbitos de la vida: una sola idea, una ideología, una cultura, una política, un partido, un líder, una familia, un centro de control. Los comunistas abolieron la propiedad privada e intentaron constantemente suprimir la esfera privada en su conjunto. El pueblo, privado y despojado de decisiones responsables, fue aglutinado en un partido-masa, en una cultura de masas y degradado a un pueblo-masa. Se cortaron sus lazos tradicionales, se erradicaron sus costumbres. En una sociedad así atomizada, no quedaba refugio para individuos sin raíces, vulnerables a la manipulación. No tuvieron más remedio que conformarse con la utopía del socialismo realizado que nosotros, los húngaros, tuvimos que construir durante más de cuatro décadas.

Esto es lo que revela –ya sea intencionadamente o no– el antaño afamado poeta de esnobs y comunistas de salón, Bertolt Brecht, en quizá su obra literaria más célebre, *Las medidas tomadas*, que también puede interpretarse como una apoteosis de la inhumanidad. La obra es, en esencia, la representación de un juicio. Tres agentes de la *Komintern* regresan de una misión secreta en China y, mediante una serie de escenas reconstruidas ante el tribunal del partido, explican por qué mataron y arrojaron a su cuarto camarada a una fosa de cal. El tribunal aparece representado por un coro antifonal de estilo griego. Los tres agentes tampoco tienen nombre; durante su misión llevaban máscaras, siguiendo las instrucciones del Partido, ocultando sus rostros, identidades, intenciones y emociones.

Dejad de ser vosotros mismos: ya no sois Karl Schmidt de Berlín; ya no sois Anna Kjersk de Kazán; ya no sois Peter Sawitch de Moscú. Sois anónimos y sin pasado, páginas en blanco sobre las que la revolución puede escribir sus instrucciones. [...] Quien lucha por el comunismo / Debe poder luchar y no luchar / Debe decir la verdad y no decir la verdad / Prestar servicio y no prestar servicio / Ponerse en peligro y evitar el peligro / Ser reconocible y ser

irreconocible. / Quien lucha por el comunismo /
De todas las virtudes solo tiene una: / Que lucha
por el comunismo.

El joven camarada, el cuarto, sin embargo, es incapaz de vivir conforme a este código ético y, hacia el final de la obra, se desvía de la línea del partido, desgarrando las obras de los autores clásicos del partido y muestra su rostro a sus camaradas, quienes no tienen otra opción que dispararle. Pero antes de hacerlo, le preguntan al joven si está de acuerdo, a lo que responde que siempre actuó mal y que habría sido mejor que no hubiese ocurrido de ese modo. Los tres camaradas prosiguen: «Entonces le disparamos y lo arrojamos a la fosa de cal. Y cuando la cal lo hubo devorado. Regresamos a nuestro trabajo». Y el coro responde: «Y vuestro trabajo tuvo éxito. Habéis propagado las enseñanzas de los Clásicos. El ABC del Comunismo [...] Y la revolución avanza también allí. Y la revolución avanza también allí. Y allí también las filas de luchadores están bien organizadas. Estamos de acuerdo con vosotros».

La obra es casi una glorificación del Anticristo. Tal vez la escena más asombrosa sea la confesión del joven agente y su consentimiento a su propia ejecución. Esta pieza, escrita

en 1930, es un precursor profético de los procesos de Moscú que comenzaron apenas seis años después, durante los cuales al menos 600.000 personas –y según algunas estimaciones hasta 1,2 millones– fueron ejecutadas.

Los idiotas útiles

Lo extraño es que fueron precisamente aquellos que no habían tenido experiencia directa del comunismo quienes más se dejaron seducir por sus mentiras: personas que vivían más allá del Telón de Acero, en seguridad, prosperidad y, lo más importante, libertad. Según el propio Picasso, corrió hacia el comunismo como si fuera una fuente de agua fresca. Paul Hollander, sociólogo de origen húngaro –que vivió a los 12 años los horrores de la Cruz Flechada nazi y abandonó su país tras la revolución de 1956– lo expresó así: en Occidente, «me encontré con una amplia gama de actitudes: desde una ignorancia pasmosa, hasta emociones confusas y deseos ilusorios, llegando incluso a la abierta simpatía...». Arthur Koestler, conocido en todo el mundo como autor de *Oscuridad a mediodía*, fue mucho más directo: «Los comunistas ingleses no son revolucionarios, sino locos y medio idiotas».

46 No podemos permitirnos eludir los crímenes del comunismo. Se lo debemos a los cientos de millones de víctimas. Pero también se lo debemos a nuestros hijos. La diferencia entre las mentiras políticas tradicionales y las modernas radica, esencialmente, en la diferencia entre ocultar y aniquilar –escribió Hannah Arendt en su colección de ensayos *Entre el pasado y el futuro*, publicada en 1961.

No es exagerado decir que nosotros, los pueblos de Europa Central y Oriental, hemos quedado solos con la memoria del comunismo. En el corazón y el este de Europa conocemos dos tipos de mentiras modernas –es decir, destructivas–. La primera fue la promesa del propio comunismo, que ocultaba su verdadera naturaleza tras una noble visión del futuro. La segunda mentira moderna, lamentablemente, no pertenece al pasado, sino a nuestro presente. Mientras que el nazismo ha sido arrojado –con toda justicia– al hediondo vertedero de la historia, tanto moral como intelectualmente en el mundo occidental, el debate sobre los regímenes comunistas y la naturaleza ideológica del comunismo no solo no ha concluido, sino que persiste. Hoy sigue considerándose, y aún se presenta, como una ideología legítima.

Los crímenes inhumanos del comunismo, cuando se ponen sobre la mesa, caen en oídos sordos y se topan con la

indiferencia glacial de los círculos intelectuales occidentales. Los «idiotas útiles» de Lenin exhiben una pasmosa pseudoignorancia sobre el verdadero rostro del comunismo y muestran una simpatía casi incondicional por una de las dictaduras más brutales del siglo xx. Están convencidos de que, aunque el gran proyecto de la vanguardia ha fracasado en todas partes hasta ahora, ellos lo harán mejor. Así lo repetían los comunistas alemanes: *Wir werden es besser machen* –«Lo haremos mejor»–. Lo cual, seamos sinceros, recuerda de forma inquietante a lo que dijo Angela Merkel, la sepulturera de Europa, en plena crisis migratoria: *Wir schaffen das* («Podemos hacerlo», en español).

Sabemos bien cuáles fueron los resultados en ambos casos.

Aunque han pasado más de tres décadas desde la caída del comunismo y el cambio de régimen, podemos afirmar que el comunismo no está muerto. Cuando se derrumbó la Unión Soviética, el marxismo ateo que fundamentaba la ideología comunista ya había encontrado terreno fértil en el mundo occidental. La élite intelectual occidental adoptó el materialismo marxista junto con su agenda social y cultural. La fe en Dios pasó a ser motivo de burla, la nación se consideró obsoleta, la historia como concluida, la familia como

48 irrelevante y los géneros como intercambiables. Se trataba de un nuevo intento de reinterpretar las identidades, del mismo modo que hizo en su día el comunismo. La fe inquebrantable de la élite neomarxista en el progreso histórico imparable –el llamado determinismo histórico– permanece intacta. Tampoco han abandonado su fervor revolucionario, como demuestra su lucha incansable y persistente por las identidades fragmentadas, por los derechos de las minorías sexuales y de género, y por la igualdad.

La lucha de clases ha sido sustituida por la lucha de identidades.

Según los revolucionarios, una revolución marca también el inicio de una nueva era. Sus seguidores se abandonan a la ilusión de que, tras cada revolución, tienen derecho a reestructurar el Estado y el orden moral –incluidos los lazos familiares y de propiedad– conforme a sus propios principios, eliminando a los elementos indeseables. Creen poseer tanto el mandato como la capacidad para redirigir el curso de la historia. Se inspiran en las grandes revoluciones: la Revolución Francesa, la Gran Revolución Socialista de Octubre (que ni fue grande, ni en octubre, ni una verdadera revolución) y la revolución de 1968 como mitos

fundacionales. Esta última fue su causa vital y su motivo de orgullo. Para ellos, fue la hora cero, la página en blanco sobre la que podían escribir a voluntad. Sin embargo, su intento revolucionario de 1968 quedó en mero fragmento, pues incluso las clases supuestamente oprimidas los rechazaron. Los trabajadores y empleados occidentales deseaban una buena vida, bienes de consumo y movilidad social; no tenían interés en encender una revolución, por mucho que los agitara una juventud burguesa ansiosa de una experiencia romántica y emocionante.

El profundo desprecio y condescendencia que esta vanguardia del 68 sigue mostrando hacia sus propias clases bajas se remonta a ese origen. Al quedarse sin masas dispuestas a la revolución, se vieron forzados –en palabras de Rudi Dutschke– a emprender una «larga marcha por las instituciones», tratando de conquistar universidades, medios de comunicación y el mundo académico. Reconocieron rápidamente la importancia de la cultura –es decir, del poder blando– y, apoyándose en los bastiones que capturaron, obtuvieron dominio temático y monopolio interpretativo. Esto ayudó a encubrir su verdadera naturaleza, perfectamente compatible con la sociedad de consumo, ya que se basa en el culto ingenuo al instante y el deseo de tenerlo todo de inmediato.

50 Esto vino acompañado del rechazo a la procreación, lo que condujo a la indiferencia hacia el futuro y empujó a Europa a un déficit demográfico y a la incertidumbre. Los sesenta-yochistas hicieron de la cultura del placer su único objetivo vital, compensando su vacío mediante la propagación de la culpa, tal y como describió con acierto Pascal Bruckner en *El racismo imaginario*. Esta élite, a partir de los años noventa, combinó el poder cultural con el poder político en varios lugares. Esta fusión se ha convertido ahora en una fuerza destructiva atterradoramente poderosa que amenaza la supervivencia de la civilización occidental. Evaluando más de cincuenta años de actividad, resulta evidente cuánto han conseguido en su empeño de destruir, desacreditar y desintegrar, incapaces de crear, construir o producir algo positivo.

Y Occidente –en parte por esa razón– sigue encogiéndose de hombros como un indiferente espectador cuando hablamos de los crímenes y miserias del comunismo. «Durante décadas enteras, vuestros gobernantes, vuestros parlamentarios, vuestros portavoces, vuestros periodistas, vuestros escritores, vuestros pensadores de referencia lograron ignorar el Archipiélago Gulag de quince millones de personas», dijo Aleksandr Solzhenitsyn, quien hizo más que muchos otros por mostrar al mundo la verdadera naturaleza del comunismo.

Las palabras de Solzhenitsyn fueron pronunciadas hace más de cincuenta años, pero el mundo occidental todavía no puede evitar revolverse en su asiento y mostrar un hastío evidente cuando mencionamos nuestras experiencias bajo el comunismo o cuando formamos nuestras opiniones basándonos en ese conocimiento. Los crímenes flagrantes del comunismo los dejan indiferentes. Jean-Claude Juncker, como presidente de la Comisión Europea, inauguró una estatua de Karl Marx con dinero chino y, en su discurso, excusó a Marx diciendo que no era responsable de los crímenes cometidos por quienes se proclamaron sus herederos. También en Bruselas, el líder del Partido Verde Europeo pudo citar a Lenin en el Parlamento Europeo sin consecuencias. Del mismo modo, en Estrasburgo, diputados comunistas pudieron cantar *Bella Ciao* sin que hubiese represalias, mientras el primer ministro húngaro Viktor Orbán exigía la retirada de las tropas soviéticas de nuestra región en el 89.

Pero, el estalinismo ideológico que florece en universidades y sociedades occidentales, como esos espacios seguros y advertencias constantes, evoca las mismas tácticas bolcheviques de terror que intentaron imponernos. Estos métodos llevaron a la eliminación del debate, a silenciar opiniones divergentes, a la pérdida de empleos, a la persecución, a la

52 distribución de privilegios en función del origen y a la elevación de la discriminación positiva a norma. Y estos son métodos que nos resultan familiares a nosotros.

La ironía del destino es que ahora, sesenta o setenta años después, Occidente, que todavía se llama a sí mismo el «mundo libre», aplica estos métodos. Libros incluidos en listas negras, activistas organizados en brigadas de odio, minorías descontroladas que aterrorizan a profesores y estudiantes en universidades occidentales, obligándoles a someterse a la cosmovisión exclusiva de la policía del pensamiento. El terror de la opinión política se ha institucionalizado en la mayoría de universidades occidentales: miles de supervisores ideológicos vigilan el comportamiento y el lenguaje «políticamente correctos», aplican cuotas y se abalanzan sobre el menor «delito de pensamiento», tal como lo describió con precisión George Orwell.

Esto es una señal de alarma.

De aquí podemos aprender que la libertad no nos protege de la estupidez. En otras palabras: quienes son libres a menudo olvidan lo que es vivir sin libertad. En Europa Central y Oriental recuperamos nuestra libertad e independencia hace más de treinta años. Pagamos un alto precio por ello.

En Hungría, hicieron falta cuarenta y seis años para que la Avenida Andrásy 60 –este edificio neorrenacentista– renaciera y se convirtiera en un símbolo polifacético de nuestra cruel y ensangrentada historia del siglo xx. Allí se atrincheró el Partido de la Cruz Flechada en el invierno de 1944, torturando a cientos de compatriotas judíos en el sótano que llamaban la «Casa de la Lealtad». En 1945, los comunistas húngaros llegaron bajo la protección de los tanques soviéticos y tomaron el edificio, donde la policía secreta húngara –conocida infamemente como el «puño del partido»– decidía, según criterios de clase, quién era amigo y quién era enemigo. Esta agencia, que defendía al Estado comunista al precio de miles de vidas inocentes y muertes brutales, solo abandonó el palacio en el corazón de Budapest tras la revolución y lucha por la libertad del 56. Pero para entonces, tanto dolor y sufrimiento se habían filtrado en sus paredes que el tiempo y la historia enterraron su oscuro espíritu en el subconsciente de la ciudad.

Este fue un hito histórico, pues poco más de una década después de la caída del comunismo, Hungría se convirtió en el primer país en establecer un museo y un lugar de memoria

54 que colocaba uno al lado del otro a los dos regímenes totalitarios impuestos entre 1944 y 1989. Fue un acto de valentía, porque hace veinte años, en Europa Occidental, las atrocidades del nacionalsocialismo se consideraban únicas e incomparables. Sin embargo, Hungría sufrió ambos: en parte simultáneamente, en parte consecutivamente.

Era un pensamiento histérico, especialmente en un país donde, tras el cambio de régimen, los postcomunistas seguían obrando batallas sucesorias por la propiedad exclusiva del pasado. Desde el principio, la élite postcomunista temió la mera existencia del Museo Casa del Terror, pues podía acabar con sus mitos, socavar su legitimidad y arrebatárles el monopolio de la memoria. Tal y como habían aprendido de Orwell: «Quien controla el pasado controla el futuro. Quien controla el presente controla el pasado».

Cuando abrió, el museo rompió tabúes y provocó la ira de quienes custodiaban el relato histórico. A muchos les molestó simplemente que se afirmara –y se mostrara– que la dictadura comunista buscó destruir y aniquilar la sociedad húngara. Sus fundadores quisieron evitar que la justicia demorada desembocara en la desvalorización de los valores morales. Por eso nombraron a los verdugos: en el Muro de

los Perpetradores se exhibieron los retratos de los torturadores de la ÁVH, de los miembros de la Cruz Flechada y de los dirigentes políticos que dieron las órdenes, junto con jueces y fiscales de sangre.

El Museo Casa del Terror se ha convertido en un recordatorio vivo, en la conciencia de la nación húngara. Proclama que el pasado debe confesarse, que la verdad no puede negarse. No tomamos venganza: encerramos ese pasado terrorista en un museo para que no forme parte de nuestro presente ni de nuestro futuro. Pero no olvidamos. El temor que nos infundieron permanece aún en lo más profundo de nuestro ser. Nos aseguramos de que algo semejante no pueda volver a ocurrirnos. Pues, frente a nosotros, siguen estando los operadores y beneficiarios de la antigua dictadura del partido-Estado, así como sus descendientes: aquellos que nunca han pedido perdón, que no se inclinaron, ni se inclinan, ante la memoria de las víctimas. Para ellos no puede haber absolución, ya que para eso sería necesario un acto de arrepentimiento. No olvidemos quién hizo qué contra nosotros.

Recordamos cuánto debemos a nuestros héroes: aquellos que con valentía se alzaron contra los enemigos de la libertad y, con su firmeza y sacrificio, salvaron la dignidad de

56 nuestra nación. En la fachada del museo se encuentran los retratos de los mártires ejecutados de la Revolución de 1956, colocados a la altura de los ojos para que, al mirarlos, reconozcamos en ellos a quienes dieron su vida por la libertad y la independencia de la patria. Las pesadas, impenetrables e irrompibles cadenas de hierro de la escultura del Telón de Acero sirven como recordatorio de los cincuenta años de cautiverio y encierro, aquellas décadas en las que las vallas fronterizas no nos protegían de intrusos indeseados, sino que nos impedían ver el mundo. Y aquí se alza un fragmento del Muro de Berlín: no uno de los segmentos alegres y coloridos, sino un bloque gris y desolado de hormigón. Uno cuya caída los húngaros desempeñamos un papel importante en lograr.

Por eso es necesario –y en verdad esencial– analizar las dictaduras desde una perspectiva histórica. Debemos comprender su esencia, aclarar su naturaleza y saber por qué y cómo surgieron. Esto es lo que hace el Museo Casa del Terror en Budapest, junto con muchos otros en el mundo. Comunismo y nazismo son como virus mortales. Para derrotarlos y superarlos, debemos estudiarlos, analizarlos y aislarlos, de modo que podamos desarrollar el antídoto que nos haga inmunes. Una vez neutralizados, podemos confinarlos en los

muros de los museos y mostrarlos a las futuras generaciones como la plaga mortal que nunca queremos ver regresar a nuestras vidas. El 24 de febrero de 2002, en la inauguración del Museo Casa del Terror, ante más de cien mil personas, el primer ministro Viktor Orbán declaró:

No necesitamos estos museos para que nuestros hijos vivan experiencias personales de miedo, terror y humillación, o para hacerles estremecer. Queremos que nuestros hijos crezcan en Hungría sabiendo lo que soportaron quienes les precedieron. Queremos que comprendan que la libertad no se da gratuitamente. Queremos que sepan que el mundo en el que viven se hizo mejor gracias a duras luchas y terribles sufrimientos. Queremos que nunca olviden que alguien pagó por adelantado su futuro. Queremos que comprendan que la paz, la seguridad, la libertad y la prosperidad no son derechos evidentes, sino logros de generaciones sucesivas construidos con esfuerzo. Queremos que nuestros hijos entiendan con claridad que solo quienes estén dispuestos a luchar por su dignidad humana, si es necesario, pueden ser ciudadanos de una nación libre.

58 En el Museo Casa del Terror hemos colocado juntas estas dos dictaduras, porque encajan perfectamente una junto a la otra. Como dijo Imre Kertész: «Una aparece como salvador y bajo su túnica oculta al diablo; la otra se disfraza de Satanás, y en efecto lo es». Pero quienes intentan dividir las dos dictaduras, quienes pretenden distinguir entre ellas por matices, números o logística –cuántos murieron o fueron empobrecidos, cuántos perdieron a sus familias, sus casas, sus tierras, sus empleos; si fueron enviados a la muerte en tren, en camión o a pie–, son quienes hablan falsamente de dictaduras. Son la razón misma por la que no pudimos ni logramos aplicar justicia histórica contra los criminales comunistas: porque al mundo le faltó valor e integridad para poner fin a la era del socialismo denunciando y condenando sus crímenes.

Hace décadas, el escritor Danilo Kiš –judío húngaro de nacimiento y escritor serbio-montenegrino– señaló que solo hay una prueba de conciencia y solo dos asignaturas que uno puede suspender para toda la vida. Y esas dos asignaturas son nazismo y comunismo. Quien las suspende queda privado para siempre del derecho moral a opinar. «¡Quien diga que Kolimá fue distinto de Auschwitz, que se lo lleve un centenar de diablos!», concluyó.

Nosotros, en Europa Central y Oriental, tenemos mucho trabajo y una gran responsabilidad para dejar esto claro. Para explicarlo y hacerlo comprender. A quienes no vivieron todo el horror y la miseria que sufrimos. A quienes no experimentaron el abrazo mortal del comunismo. A quienes se sienten tentados por las falsas promesas, las voces de sirena y el espejismo del paraíso en la tierra. Debemos abrirles los ojos.

Todavía recordamos. Todavía sabemos el precio de la libertad. Recordamos los sacrificios que nos exigió el comunismo. Recordamos el sabor de la mentira en nuestras bocas. Estamos atados por estos recuerdos y por el conocimiento que nos dejaron. Estamos obligados a honrar a nuestros héroes.

Donde los héroes no se olvidan, siempre habrá nuevos héroes

A los muchachos de Pest en el 56, que no solo arriesgaron su tesoro más preciado –su vida– con su revolución y su lucha por la libertad, sino que además desenmascararon al monstruo de Frankenstein que era el comunismo. Solo la Revolución y Lucha por la Libertad del 56 tuvo el valor de enfrentarse al todopoderoso Estado terrorista de las

60 dictaduras totalitarias del siglo xx. Porque con el comunismo no cabía pacto alguno. Porque, en última instancia, se trataba de la nación y de la dignidad humana. Porque el destino de una nación se decide en los momentos en que no se limita a seguir el curso de la historia, sino en que la nación misma se convierte en historia. No fue casual que Milovan Đilas dijera: «La revolución húngara fue el comienzo del fin del comunismo».

Moscú desató un ataque y una represión tan brutales contra Hungría porque la Revolución y Lucha por la Libertad de 1956 no pedía mejores condiciones materiales, sino que rechazaba el sistema comunista en sí mismo y la ocupación que nos imponía. Era abiertamente anticomunista y anti-soviética. Los húngaros buscaban libertad e independencia sin distinción de clase: obreros, campesinos, estudiantes, ciudadanos o intelectuales, en resumen, todos. La nación sobrepasó a la clase, lo que fue una refutación fulminante de la doctrina marxista. En 1956 los húngaros pedían libertad, independencia nacional y elecciones libres sin asesores ni tanques soviéticos. Este fue el origen de su identificación con todos los pueblos amantes de la libertad en el mundo, desde Estados Unidos hasta Sudáfrica, desde Corea hasta Turquía. Todos comprendieron que nuestra lucha a vida o

muerte contra una fuerza abrumadora era por la dignidad humana, la supervivencia de nuestra nación y la protección de nuestra identidad.

El aplastamiento brutal de la Revolución del 56 fue una victoria pírrica para Moscú: conservó su imperio y su posición en el mundo bipolar, pero los jóvenes rebeldes de Pest arrancaron la máscara del régimen soviético. Desde que los tanques abrieron fuego contra los combatientes de la libertad, dejaron de ser custodios de una causa noble. Todos pudieron ver quiénes eran realmente. Los invasores soviéticos se convirtieron en enemigos de la libertad, de la independencia y de la dignidad.

Desde el momento en que los húngaros salieron a las calles a exigir sus derechos y luego tomaron las armas contra los ocupantes extranjeros, ya no hubo vuelta atrás. Tras la derrota, los nuevos gobernantes supieron que estaban sentados sobre un polvorín: solo podían avanzar con cautela si querían evitar otra explosión.

Aunque la legitimidad del régimen de Kádár descansaba sobre la represión brutal de la Revolución, las represalias despiadadas y la presencia del Ejército Rojo, lo único que

62 mantuvo su equilibrio hasta la caída del comunismo fue el miedo recíproco. Kádár y los comunistas temían al pueblo; el pueblo les temía a ellos, porque sabía cuán despiadados eran. Los comunistas se retiraron de la vida privada de las personas a cambio de que dejáramos de ocuparnos de la política y de los asuntos públicos. Durante más de tres décadas permanecieron en silencio, ocultando y falsificando el 56, llamándolo contrarrevolución e incluso prohibiendo hablar de ello.

La Revolución y Lucha por la Libertad de 1956 duró apenas dos semanas, pero sacudió al mundo entero. Rompió el sistema de paz europeo de posguerra y desveló la realidad sombría de los regímenes de terror soviéticos. Durante casi cuarenta años, esas dos breves semanas dieron esperanza a los oprimidos del comunismo en Europa Central y Oriental, y marcaron un ejemplo para los combatientes de la libertad en todo el mundo. El 56 es una de las celebraciones húngaras más grandes: lo fue y lo sigue siendo. Y, sin embargo, fueron apenas 300 horas de libertad. Del glorioso 23 de octubre al helado amanecer del 4 de noviembre, hubo 300 horas de libertad. Si hacemos la cuenta, equivale a diez millones de centésimas de segundo. En octubre de 1956, diez millones de húngaros tuvieron cada uno una centésima de segundo de libertad. En una centésima de segundo late una vez el corazón.

Y, aun así, toda nuestra nación ha atesorado ese instante para siempre; todo el mundo ha respetado ese momento fugaz. Honremos nosotros también ese instante, porque a veces el latido de un corazón vale más que siglos enteros.

También estamos obligados a recordar a los millones de estonios, letones y lituanos que el 23 de agosto formaron una cadena de seiscientos kilómetros contra la dictadura. A los alemanes que, el 9 de noviembre, derribaron el Muro de Berlín. A quienes derrocaron la dictadura sangrienta de Ceaușescu. Y la lista podría seguir.

También estamos obligados a inclinar la cabeza ante las víctimas. A recordar y a recordar a otros.

Y estamos obligados a llorar a aquellos a quienes se negó el último honor, cuyos nombres fueron borrados deliberadamente de nuestra memoria. Los enterrados en tumbas sin nombre. Debemos recordarlos, para que su sacrificio no sea en vano y sirva de advertencia. Pero si nosotros, los descendientes, no tratamos de evaluar nuestras pérdidas, si no nos esforzamos por dar nombre a los millones de desaparecidos, para que su destino, fundido en la historia común de nuestra comunidad nacional, sirva de enseñanza, no estaremos cumpliendo con

64 nuestro deber. Cuando Otto von Habsburgo visitó el Museo Casa del Terror en 2003, escribió en nuestro libro de visitas: «Quien no sabe de dónde viene, puede que no sepa adónde va, porque ni siquiera está seguro de dónde está».

Sus palabras pueden ser hoy más válidas que nunca.

Nosotros, que sufrimos bajo ambas dictaduras totalitarias, sabemos de dónde venimos. Hace treinta y cinco años decidimos nuestro propio destino: sabíamos adónde íbamos. Queríamos ser libres e independientes. Y lo demostramos: la nación es más importante que la clase. Pero esto conlleva una gran responsabilidad. Porque nosotros, que sufrimos bajo ambas dictaduras, llevamos una gran responsabilidad en una Europa donde la mitad occidental no entiende el precio ni el significado de la libertad, no conoce el verdadero rostro de las dictaduras y no aprecia su herencia nacional e identidad.

Occidente, entonces y ahora, no entendió la psicología del pensamiento totalitario. Parece que se dejó seducir por la promesa de un futuro perfecto. Pero nosotros, que ya no creemos en cuentos de hadas, debemos seguir el consejo de Arthur Koestler: «La antorcha de la fe se ha apagado, saquemos entonces las velas de la verdad».

Hispanoamérica: revolución o muerte... Y fue muerte

Julio BORGES JUNYENT

La historia de Fernando Albán

CUANDO estábamos organizando este panel, Carlos Gregorio Hernández nos recordó algo esencial: que nuestras palabras no fueran solo análisis o teoría, sino que llevaran la marca viva de nuestra experiencia. Que hablar del comunismo no fuese solo un ejercicio intelectual, sino un testimonio. Por eso, antes de abordar el drama del comunismo en Hispanoamérica hoy, quiero abrir este espacio con una historia personal, que llevo en la piel y en el alma, que duele, pero que también da sentido a lo que somos y a lo que hacemos. 65

Quiero hablarles de Fernando Albán, un amigo entrañable, un hermano de lucha, mi mano derecha en el partido Primero Justicia. Era concejal en Caracas, y juntos compartimos muchas batallas, pero sobre todo una: hacerle frente al régimen de Nicolás Maduro desde la dignidad y la verdad.

66 Corría el año 2018. En Venezuela se celebraban unas elecciones presidenciales marcadas por el fraude y la ilegitimidad. La oposición democrática decidió no convalidar esa farsa. Era un momento crítico. Fernando y yo sabíamos que no bastaba con rechazar esas elecciones desde dentro; había que lograr que el mundo entero las desconociera. Ese fue nuestro objetivo: sembrar en la conciencia internacional la certeza de que Maduro no podía seguir siendo reconocido como presidente legítimo.

Viajamos a la Asamblea General de las Naciones Unidas, en Nueva York. Fueron días intensos. Nos reunimos con cancilleres, embajadores, presidentes, periodistas. Tocamos todas las puertas posibles. Hablamos con la claridad de quienes no tienen más armas que la verdad. Y tuvimos éxito: el terreno quedó abonado para que, a partir de 2019, el régimen de Maduro comenzara a ser aislado en el plano internacional. Al terminar esa misión, Fernando manifestó que debía regresar a Caracas por asuntos personales. Todos le rogamos que no lo hiciera. Sabíamos que su vida corría peligro. Pero Fernando era así: valiente, responsable, comprometido. Volvió.

Apenas llegó, lo estaban esperando. La policía política lo detuvo en la puerta del avión. Desde ese momento, desapareció. Horas después, gracias al valor de su abogado Joel García,

supimos que Fernando estaba siendo interrogado brutalmente. Lo golpeaban hasta el desmayo, le ponían electricidad en su cuerpo, lo asfixiaban con una bolsa de plástico o le metían la cabeza en agua hasta matarlo. Querían que nos acusara a mí y a otros dirigentes de haber participado en supuestas conspiraciones, planes de magnicidio, actos de terrorismo. Querían una confesión forzada. Pero Fernando resistió con dignidad.

Dos días más tarde, el 8 de octubre, una noticia absurda, inverosímil, recorrió los medios: Fernando Albán se había suicidado lanzándose del piso 10 de la sede del SEBIN, la policía política de Maduro. Esposado. En un edificio controlado. Nadie lo creyó. Todos sabíamos la verdad: Fernando fue asesinado. Lo mataron las torturas, lo mató el odio de un sistema que no tolera la dignidad, lo mató el poder sin alma.

Yo mismo debí llamar a su esposa, a sus hijos. Nunca podré olvidar ese instante. Decirles que Fernando no volvería, que había sido asesinado por hacer lo correcto. Su muerte provocó una ola de indignación internacional. Desde el Parlamento Europeo hasta organismos de derechos humanos en todo el mundo, la voz de Fernando se hizo presente en el clamor por justicia. Pero el cinismo del régimen no conocía límites: los mismos agentes que lo torturaron intentaron vendernos

68 los videos y fotografías de su sufrimiento por 4.000 dólares. El horror convertido en mercancía.

Fernando Albán no era un mártir fabricado. Era un hombre real. De acción. De fe. De familia. Amaba a Venezuela y vivía con la convicción de que un país distinto era posible. Por eso luchaba. Y por eso, estas palabras son para él. Porque su muerte no puede ni debe ser en vano. Porque el comunismo en Hispanoamérica no es una teoría ni un debate abstracto. Es Fernando. Es su ausencia.

Hoy, más que nunca, necesitamos mirar a Fernando Albán y a tantos como él. Recordarlos, nombrarlos, hacerlos presente. A Fernando dedico este ensayo porque en su memoria vive la democracia por la que luchamos. Y en su ejemplo, la certeza de que la verdad tiene un precio, pero también una promesa: la de una patria libre y digna.

Introducción: el chiste que se convierte en pesadilla

Un viejo y triste chiste soviético relata que un hombre entra a un restaurante y, tras leer un menú lleno de deliciosos

platos, pide pollo. El mesero responde: «No hay pollo». El hombre entonces pide carne; tampoco hay. Tras intentar con varios platos y obtener siempre la misma negativa, el cliente irritado exclama: «¡Pensé que esto era un menú, no una constitución!».

Esta anécdota refleja una amarga verdad: en las dictaduras comunistas, las constituciones se parecen a los menús de un restaurante sin comida. Prometen de todo, pero en la práctica no garantizan nada. Son documentos propagandísticos que brindan una ilusión de legitimidad, pero no limitan el poder. Como venezolano lo puedo testimoniar: vengo de un país que cuenta con una de las constituciones más largas del mundo (más de 350 artículos), y sin embargo vive *sin* auténtico estado de derecho.

La clave de este ensayo consiste en lo siguiente: el comunismo debe entenderse no solo como un régimen político autoritario, sino como una visión del mundo de carácter religioso. Es una religión perversa donde Dios es asesinado y es reemplazado por la peor versión de la política: el poder pragmático por el poder mismo. El poder es el nuevo Dios para practicar una ideología *salvífica* y expansiva, que pretende transformar radicalmente al ser humano y a la

70 sociedad, prometiendo una redención terrenal. A diferencia de la democracia –el «arte de lo posible»–, el comunismo se propone lo imposible: crear un paraíso perfecto aquí y ahora, cueste lo que cueste. Esa ambición desmedida ha convertido el sueño de utopía en pesadilla.

Lenin, Stalin, Mao, Pol Pot, Castro –los «profetas armados» de la utopía roja– anunciaron un paraíso futuro que jamás llegó, mientras imponían dictaduras sangrientas. A continuación, analizaremos esta realidad en dos partes.

En la primera parte, llamada *La religión donde el poder ocupa el espacio de Dios*, examinaremos las coordenadas filosóficas del totalitarismo comunista –su «manual de instrucciones» espiritual y político. En la segunda parte, *El rostro en Iberoamérica: comunismo disfrazado de democracia*, veremos cómo esas ideas se aplican en la práctica en Hispanoamérica, especialmente en Venezuela, Cuba, Nicaragua y otros países donde el comunismo se disfraza de democracia. Finalmente, cerraremos con una breve reflexión sobre qué significa resistir.

I. El comunismo como utopía milenarista

Desde los tiempos antiguos, la humanidad ha soñado con un mundo perfecto. En la tradición judeocristiana existía la esperanza del Reino de los Mil Años, una era de paz prometida por Dios. Pero con el paso del tiempo, esa esperanza fue secularizada: el paraíso ya no dependería de Dios, sino de los hombres. Y así, el comunismo nació como una versión moderna de esa promesa milenarista, pero sin Dios. Karl Marx ofreció una visión «científica» del progreso histórico: una sociedad sin clases, sin propiedad, sin desigualdad.

Pero para llegar allí, había que destruir el orden existente. Revolución, lucha de clases, dictadura del proletariado. Así lo hicieron Lenin, Mao, Pol Pot, Fidel, Chávez. Todos prometieron que, si sacrificábamos el presente, tendríamos un futuro radiante. Pero el paraíso nunca llegó. En su lugar vinieron campos de concentración, hambrunas, censura y exilio. Como decía Camus, cuando se pierde la medida, la rebelión se transforma en tiranía.

En los regímenes comunistas, el Partido –y su líder carismático– se presentan como el salvador del pueblo. Lenin, Mao, Castro, Chávez... todos se convirtieron en figuras cuasi religiosas. No eran solo jefes de Estado, eran redentores. Y como tales, no podían ser cuestionados. La revolución se volvía infalible. Cualquier disenso era una traición.

Este mesianismo aprovecha el legítimo dolor de las mayorías: pobreza, desigualdad, corrupción. Pero lo instrumentaliza para justificar un poder absoluto. El Partido se apropia del lenguaje del pueblo, pero le roba la voz. Y cuando llega al poder, convierte cada crisis en una excusa para radicalizarse. «Estado de emergencia», «defensa de la revolución», «guerra económica»... todo sirve para silenciar al adversario y prolongar el mandato eterno.

En Venezuela, tras cada victoria de la oposición, el chavismo respondía cerrando más el espacio democrático. Anuló al parlamento, persiguió líderes, y convirtió al poder judicial en instrumento del partido. En Nicaragua, Ortega hace lo mismo: criminaliza a la Iglesia, arresta candidatos, modifica la Constitución. El poder ya no es medio para servir, sino fin para perpetuarse.

El comunismo cree ser el último capítulo de la historia. Según Marx, todo lo anterior era «prehistoria». La revolución marca el inicio de la verdadera humanidad. Por eso no admite alternancia. No puede haber elecciones libres si el resultado puede poner en peligro el «proceso» histórico que se articula en la lucha de clases.

El comunismo se presenta como poseedor de un saber superior. Afirma conocer las causas del mal –el capitalismo, la religión, la propiedad privada– y tener la cura: la revolución. No hay espacio para el error ni para la autocrítica. Si el modelo fracasa, la culpa es del «imperialismo» o de los «enemigos internos».

Esta actitud se traduce en una cultura de negación. Si la revolución fracasa, o deviene en un régimen autoritario, el fallo de la revolución podrá explicarse por los enemigos «externos» o «internos»: fuerzas reactivas que impiden o vician el desarrollo revolucionario.

El comunismo divide el mundo en dicotomías axiológicas claras e irrefutables: pueblo vs. oligarquía, revolucionarios vs. Contrarrevolucionarios, el bien contra el mal. Esta simplificación sirve para justificar cualquier abuso, al mismo tiempo que manipula el lenguaje en una retórica que justifica el orden irrefutable del movimiento revolucionario. Palabras como «justicia», «libertad», «democracia» son vaciadas de su significado real, identificadas como jerga del mundo «capitalista» y «burgués». Conceptos como los de «medios alternativos» o «contrahegemónicos», «discurso de odio» o «soberanía comunicacional», articulan también dinámicas de persecución política y propaganda.

V. El terror como sistema: el miedo como método

El terror no es un accidente del comunismo. Es su método. Busca paralizar a la sociedad. En la URSS, bastaba una sospecha para ir al Gulag. En China, la humillación pública era práctica común. En Cuba, los CDR vigilaban a cada vecino. Esta lógica de sospecha, atingente a cualquier individuo, forma parte de un régimen generalizado de persecución que se ha implementado de diversas formas en los socialismos y regímenes comunistas.

El comunismo es mucho más que un sistema económico fallido. Es una religión política que promete redención a través del poder. Y como todo mesianismo sin trascendencia, termina en tiranía. En nombre del «hombre nuevo», degrada al hombre real. En nombre del futuro, sacrifica el presente. En nombre del pueblo, silencia a las personas.

El rostro en Iberoamérica: comunismo disfrazado de democracia

Desde la caída del Muro de Berlín (1989) y el colapso de la URSS (1991), muchos creyeron que el comunismo había pasado al basurero de la historia. Sin embargo, en Hispanoamérica esa *marea roja* no solo sobrevivió, sino que mutó estratégicamente. En lugar de golpes militares clásicos o guerrillas triunfantes, optó por llegar al poder mediante elecciones y luego dismantelar la democracia *desde adentro*. Como un virus que adopta la forma de célula sana para evadir defensas, el comunismo del siglo XXI en nuestra región se viste de *legalidad* y *discurso progresista*, mientras destruye las libertades desde el gobierno.

76 Veamos siete rasgos de cómo opera este totalitarismo encubierto en países como Venezuela, Nicaragua, Cuba, Bolivia –e incluso las versiones en otros países–:

I. Constituciones a la medida del líder: el disfraz de eternidad

En una democracia genuina, la Constitución es un pacto estable que limita el poder y protege derechos fundamentales. En cambio, los regímenes comunistas la convierten en un pedazo de plastilina ideológica: la reescriben cuantas veces sea necesario para *consagrar su dominio indefinido*. La Constitución deja de ser un marco neutral y se vuelve un programa de partido.

Ejemplos sobran: en Venezuela, Hugo Chávez impulsó una nueva Constitución en 1999, supuestamente «la mejor del mundo» por su retórica de derechos sociales. Pero apenas ocho años después, insatisfecho con límites como la prohibición de reelección continua, intentó reformarla en 2007. Fracásó en referéndum, pero no desistió: en 2009 logró aprobar otra enmienda que introdujo la reelección presidencial indefinida. Así, él y su sucesor Maduro podrían perpetuarse legalmente en el poder.

En Bolivia, cuando Evo Morales perdió un referéndum en 2016 que le negaba un cuarto mandato, su Tribunal Constitucional (controlado por oficialistas) declaró en 2017 que la reelección ilimitada era un *derecho humano* por encima de la propia Constitución, y le permitió postularse de nuevo.

El caso de Nicaragua es aún más revelador. Daniel Ortega volvió al poder en 2007 y poco a poco fue desmantelando los candados constitucionales. En 2014 eliminó el impedimento de reelección sucesiva. Pero lo más grave ocurrió a fines de 2024, cuando la Asamblea sandinista –sin oposición– aprobó una reforma constitucional integral que virtualmente instaura a Ortega y a su esposa Rosario Murillo como gobernantes de por vida. Dicha reforma amplió el período presidencial de 5 a 6 años y elevó a Murillo al rango de «copresidenta» con las mismas atribuciones de Ortega¹. Además, definió a Nicaragua como un «Estado socialista y *revolucionario*», incorporando la bandera rojinegra del partido FSLN como símbolo patrio oficial². Para rematar,

1 «Congreso aprueba reforma que da poder total a Ortega». DW. 22 de noviembre de 2024. <https://www.dw.com/es/asamblea-nacional-de-nicaragua-aprueba-reforma-que-da-poder-total-a-ortega-y-su-esposa/a-70864770#:~:text=La%20pol%C3%A9mica%20reforma%20ampl%C3%ADa%20el,copresidenta>

2 Idem.

78 la nueva Carta Magna somete *todos los poderes del Estado al Ejecutivo*: los copresidentes «coordinarán» las funciones de la Asamblea, del poder judicial, del órgano electoral y demás entes teóricamente independientes³. En la práctica, se consagró la dictadura de partido único. Como si fuera poco, la constitución nicaragüense reformada permite ahora retirar la nacionalidad a ciudadanos declarados «traidores a la patria»⁴. Ortega ya había despojado de su nacionalidad y expulsado del país a unos 450 opositores y críticos en 2023⁵. Ahora ese atropello quedó «legalizado» en la Constitución, algo inédito en la región.

II. *Legalismo autocrático: la ley convertida en arma opresiva*

Una de las mutaciones más insidiosas del comunismo del siglo XXI es que ya no suele gobernar *fuera* de la ley, sino a través de ella. En vez de perpetrar únicamente golpes extrajudiciales, diseña todo un andamiaje legal para reprimir y perpetuarse. El politólogo Javier Corrales acuñó para el

3 Idem.

4 Idem.

5 Idem.

caso venezolano el término *autocratic legalism* (legalismo autocrático)⁶: es decir, el uso, abuso y desuso de la ley para desarticular los contrapesos democráticos⁷. Veamos qué implica esto en la práctica:

- **Uso deformado de la ley:** se aprueban leyes y decretos con apariencia benéfica, pero con cláusulas ocultas que otorgan poderes exorbitantes al Ejecutivo o castigan la disidencia. Por ejemplo, en Venezuela la «Ley Constitucional contra el Odio» (2017) suena noble por el título, pero su articulado es tan vago que permite encarcelar hasta por 20 años a quien «promueva odio» en redes sociales⁸. ¿El resultado? Periodistas, tuiteros y ciudadanos han sido detenidos por simples opiniones bajo esta ley.

6 Corrales, Daniel. *The Authoritarian Resurgence: Autocratic Legalism in Venezuela* (Journal of Democracy, Volume 26, Number 2, 2025) <https://www.journalofdemocracy.org/articles/the-authoritarian-resurgence-autocratic-legalism-in-venezuela/#:~:text=autocratic%20with%20time,home%20and%20institutional%20path%20dependence>

7 Ídem.

8 León, Ibis. «10 claves que debe saber sobre la Ley Contra el Odio y por la Tolerancia». *Efecto Cocuyo*. 9 de noviembre de 2017. <https://efectococuyo.com/politica/10-claves-que-debe-saber-sobre-la-ley-contra-el-odio-y-por-la-tolerancia/#:~:text=...%20efectococuyo.com%20%204.,deber%-C3%A1%20eliminarlo%20dentro%20de>

Otra: la llamada «Ley Antibloqueo» (2020) supuestamente buscaba evadir sanciones económicas, pero en realidad autorizó al gobierno a vender activos públicos en secreto, sin licitaciones ni aprobación del parlamento. Fue calificada como «una legalización de la opacidad estatal» por organizaciones de transparencia. En Nicaragua, se aprobó en 2022 una «Ley de Defensa de los Derechos del Pueblo a la Independencia y Soberanía» que en realidad criminaliza recibir financiamiento externo (golpeando a ONGs y medios), y otra llamada «Ley de Agentes Extranjeros» para perseguir a cualquiera que colabore con organismos internacionales de DD.HH. Todo se hace «legal», pero la ley ha sido torcida para oprimir.

- **Abuso burocrático y reglamentario:** el régimen inunda el sistema de trámites imposibles, requisitos cambiantes, interpretaciones amañadas. Así mantiene a los ciudadanos y grupos independientes en permanente inseguridad jurídica. Por ejemplo, en Nicaragua se exigió desde 2020 que las ONG se inscriban en un registro estatal y revelen minuciosamente sus fuentes de financiamiento. Luego el gobierno *simplemente dejó de otorgar inscripciones* o las retrasó indefinidamente. Más tarde, acusó a cientos de ONG de «incumplir» la ley y usó eso como

pretexto para cancelarlas. Resultado: más de 5.600 ONG fueron clausuradas entre 2018 y 2024⁹, incluyendo asociaciones de caridad, médicas, ambientales, culturales y hasta religiosas.

- **Desuso selectivo de la ley:** paralelamente, cuando la ley realmente debería proteger al ciudadano o limitar al poder, el régimen simplemente no la aplica. Los derechos constitucionales quedan en letra muerta. En Venezuela, por ejemplo, la Constitución garantiza la propiedad privada; sin embargo, durante el chavismo se expropiaron más de 1.100 empresas y cientos de miles de hectáreas agrícolas sin debida compensación. Se estima que 60% de las empresas privadas que existían en 1998 cerraron para 2019¹⁰ debido a confiscaciones, controles y hostigamiento. Si los afectados acudían a los tribunales,

9 «Gobierno de Nicaragua cerró diez ONG y con estas suma 5.600 clausuradas desde 2018». *El Colombiano*. 4 de diciembre de 2024. <https://www.elcolombiano.com/internacional/america-latina/daniel-ortega-cerro-10-oeneges-en-nicaragua-y-ya-son-5600-desde-2018-MG25989720>

10 Cardozo, Ramón. «Los instrumentos chavistas de control social en Venezuela». *DW*. 28 de julio de 2023.

<https://www.dw.com/es/los-instrumentos-chavistas-de-control-social-en-venezuela/a-66377058#:~:text=Entre%201998%20y%202019%2C%20como,como%20trabajador%20del%20sector%20privado>

sus casos jamás prosperaron. La justicia simplemente se desactivó en lo que respecta a limitar al gobierno. En contraste, la maquinaria judicial se hiperactivó para perseguir opositores.

III. El poder del hambre: control social mediante la necesidad

«Barriga vacía, corazón sin rebeldía», podría decir cínicamente el régimen comunista. Uno de sus mecanismos de dominación más crueles es utilizar la escasez y el hambre como armas políticas. No es casual que las economías bajo regímenes autoritarios de izquierda acaben en crisis severas –en parte por la mala gestión ideologizada, pero también porque esa crisis se convierte en oportunidad de control. Cuando la población está empobrecida y dependiente del Estado para sobrevivir, es mucho más manipulable.

El caso de **Venezuela** es ejemplar en este sentido. Durante la bonanza petrolera (2004-2013), el chavismo arrinconó al sector privado con expropiaciones masivas, controles de precios draconianos y corrupción. El resultado fue una destrucción del aparato productivo: Venezuela pasó de tener 13.000 industrias en 1998 a apenas 2.600 en 2019, según la asociación

industrial Conindustria¹¹. El 60% de las empresas cerraron¹², miles de agricultores abandonaron el campo, y el país, antes próspero, se volvió dependiente de las importaciones. Al desplomarse los precios del petróleo y llegar la crisis, esa fragilidad económica desembocó en la peor hiperinflación del mundo (llegó a diez millones por ciento anual en 2019) y una escasez aguda de alimentos y medicinas. Millones cayeron en la pobreza extrema. ¿Qué hizo el régimen? En lugar de rectificar, instrumentalizó el hambre. Creó en 2016 los CLAP (Comités Locales de Abastecimiento y Producción): básicamente cajas de alimentos básicos que el gobierno reparte casa por casa a precios subsidiados. Estas cajas son insuficientes y de mala calidad nutricional, pero para muchos venezolanos se volvieron cruciales: en 2023, cerca del 9% de la población dependía principalmente de las cajas CLAP para comer, y casi la mitad las recibía como complemento importante¹³.

El truco está en que, para acceder al CLAP y otros beneficios, debes mostrar lealtad política. En 2017 Maduro impuso el *Carnet de la Patria*, un documento de identidad electrónico

11 Idem.

12 Idem.

13 Ídem.

84 (desarrollado por la empresa china ZTE) donde se registra si asistes a las marchas del partido, si votas en elecciones¹⁴, etc. Sin ese carnet, no puedes comprar en las cajas CLAP, ni obtener bonos en dinero que reparte el gobierno, ni a veces acceder a medicinas. La Comisión Interamericana de DD.HH. denunció que el Carnet de la Patria es un «mecanismo para institucionalizar el control político y social» sobre la ciudadanía¹⁵. Y efectivamente, 9 de cada 10 venezolanos terminaron sacando ese carnet¹⁶, por temor a quedarse sin ayudas en medio de la miseria generalizada. La población pobre fue así cautiva: si protestas contra el gobierno, te arriesgas a que te quiten la caja de comida o el bono mensual con el que malvives. El estómago reemplazó al voto. Como cínicamente lo confesó en 2002 un alto ideólogo y ex ministro chavista, Jorge Giordani: «Usted no ha comprendido la revolución. La revolución se trata de mantener a los pobres, pobres, pero con esperanza. Porque los pobres son los que votan por nosotros... No podemos sacarlos a la clase media porque se transforman en nuestros enemigos»¹⁷.

14 Ídem.

15 Ídem.

16 Ídem.

17 Ídem.

Pocas cosas someten tanto a una persona como el miedo a que sus hijos no coman. Ese chantaje lo manejan despiadadamente. Por eso vemos imágenes indignantes: en mítines oficialistas de Venezuela, ancianos haciendo horas de cola bajo el sol para que les pasen lista y así recibir un kilo de arroz; en Cuba, gente silenciada porque sabe que si alza la voz pierde su trabajo estatal y sin trabajo no hay comida; en Nicaragua, comunidades pobres coaccionadas con bolsas de alimentos para que voten «correcto». Es la institucionalización de la extorsión alimentaria¹⁸.

IV. «Progresismo» obligatorio: pensamiento único bajo bandera de diversidad

Otra máscara que utiliza el totalitarismo comunista moderno es el discurso «progresista» e inclusivo. En el siglo xx, los comunistas se presentaban abiertamente como marxista-leninistas, antirreligiosos y colectivistas. Eso hoy restaría apoyos. En cambio, muchos de estos regímenes se envuelven en causas populares del siglo xxi: hablan de justicia social, igualdad de género, derechos indígenas, ecologismo, antiimperialismo,

18 Ídem.

86 decolonialidad, etc. Si bien estos movimientos intelectuales y culturales tienen una esfera de influencia considerable, diversos movimientos socialistas y comunistas cooptan este tipo de betas instrumentalizándolas dentro de un discurso aglutinante, que solo ofrece un pensamiento único.

Por ejemplo, en **Argentina** durante los gobiernos kirchneristas (alineados con Venezuela y Cuba ideológicamente) se aprobó una Ley de Medios en 2009 con la supuesta intención de «democratizar» el espacio audiovisual. En la práctica, esa ley se utilizó para hostigar a medios críticos y favorecer a medios afines al gobierno. Todo bajo el discurso de combatir «monopolios mediáticos» y promover «pluralismo». Irónicamente, lo que hizo fue casi crear un monopolio estatal/paraestatal de la información pro-gobierno.

En **México**, el gobierno de Andrés Manuel López Obrador (AMLO) no se declaró marxista, pero asumió posturas confrontativas similares: refunda la historia exaltando héroes indígenas y revolucionarios, menosprecia instituciones autónomas (ha atacado al Instituto Electoral, a la Suprema Corte) y concentra poder en nombre del «pueblo bueno». Impulsa una visión única en políticas de familia y género: por ejemplo, su partido promovió contenidos educativos centralizados que

muchos acusan de ideologizar a los niños en la agenda de género sin consulta con padres. Al mismo tiempo, AMLO persigue a organizaciones de la sociedad civil bajo acusaciones de ser neoliberales o instrumentos extranjeros, y ha tildado a la prensa crítica como «enemiga del pueblo». Todo envuelto, de nuevo, en un discurso progresista: ¿quién se opondría a la igualdad o a los derechos de minorías?

Otro frente es la reescritura de la historia y el discurso identitario. Los regímenes comunistas hispanoamericanos se han apropiado de la narrativa anticolonial y antiyanqui, constantemente desviando la atención de sus desmanes hablando de las culpas históricas de potencias externas. En Venezuela, Chávez instauró una nueva fecha patria (el 12 de octubre pasó a llamarse «Día de la Resistencia Indígena»), exhumó los restos de Bolívar (literalmente) para crear una mística nacionalista, y sustituyó el antiguo tricolor de siete estrellas por uno de ocho estrellas en honor a la efímera provincia rebelde de Guayana. Todo era simbología para recalcar: «Somos la verdadera independencia, los demás eran lacayos». Así justificaba su «revolución bolivariana» de siglo XXI como continuación de la gesta emancipadora. Claro está, bajo ese discurso se conculcaban las libertades internas, siempre en relación con un enemigo interno o externo.

88 El resultado cultural de esta ofensiva es paradójico: pues se defiende en apariencia la diversidad, la inclusión y pensamiento crítico, pero se castiga ferozmente la diferencia real de opinión. En Nicaragua, el régimen de Ortega ha expulsado a sacerdotes y monjas, ha ilegalizado universidades y cerró al menos 1.250 organizaciones de índole religiosa o caritativa junto con las miles de ONG ya mencionadas¹⁹ ¿Su delito? No alinearse totalmente al discurso oficial. La Iglesia Católica nicaragüense, que medió en 2018 para frenar la violencia, luego denunció la represión; pues bien, ahora es considerada enemiga del Estado. El obispo Rolando Álvarez, una de las voces más prominentes de esa Iglesia, fue condenado en 2023 a 26 años de cárcel por «conspiración» simplemente por negarse a exiliarse y callar²⁰. Fue despojado de su nacionalidad también. Observadores han calificado este ensañamiento contra la Iglesia como la peor represión

19 «Gobierno de Nicaragua cerró diez ONG y con estas suma 5.600 clausuradas desde 2018». *El Colombiano*. 4 de diciembre de 2024. <https://www.elcolombiano.com/internacional/america-latina/daniel-ortega-cerro-10-oeneges-en-nicaragua-y-ya-son-5600-desde-2018-MG25989720>

20 Selser, Gabriela; Sherman, Christopher. «Nicaragua: condenan a obispo Álvarez a 26 años cárcel». *AP*. 11 de febrero de 2023. <https://apnews.com/article/noticias-a348ad9409a736d6b4bb07072a7eadaf#:~:text=CIUDAD%20DE%20M%C3%89XICO%20,Unidos%20junto%20con%20otros%20222>

religiosa en Latinoamérica en muchas décadas²¹. Todo esto lo hace un régimen que se declara defensor del «amor» y la «solidaridad cristiana» en sus documentos, pero en la práctica no tolera ninguna instancia moral que le dispute la lealtad de las almas.

V. Control de la verdad: prensa amordazada y propaganda total

Una pieza central del modelo totalitario es el monopolio de la información. Ningún régimen comunista tolera por mucho tiempo una prensa libre o medios que escapen a su narrativa. En Hispanoamérica hemos visto un apagón informativo progresivo allí donde estas fuerzas toman el poder.

El caso extremo es **Cuba**: desde los años 60 todos los medios de comunicación (periódicos, radio, TV) pertenecen al Estado o al Partido Comunista. No existe prensa independiente legal. El acceso a internet estuvo muy restringido hasta fechas recientes, y aún hoy, los sitios críticos cubanos (muchos operando desde el exilio) están bloqueados en la isla. Los periodistas no alineados son acosados; algunos

21 Ídem.

90 han cumplido largas condenas (recordemos la «Primavera Negra» de 2003 cuando se encarceló a 75 disidentes, varios eran periodistas).

Venezuela, que antaño tuvo una prensa vibrante, hoy sigue lamentablemente el mismo camino. Desde 2004 hasta 2021, más de 200 medios de comunicación desaparecieron del panorama nacional²². De hecho, en las últimas dos décadas cerraron más de 400 periódicos, emisoras de radio y canales de TV independientes²³, ya fuera por clausura directa, revocación de licencias o asfixia económica (negándoles divisas para papel periódico, por ejemplo). El país pasó a ocupar en 2024 el puesto 156 de 180 en el índice mundial de libertad de prensa²⁴, cuando en 1998 era uno de los más libres de América Latina en términos mediáticos. ¿Cómo se logró esto? Chávez inauguró la era de la censura sistemática, con la no renovación de la concesión al canal RCTV en 2007 (castigo

22 Bernamonti, Hugo. «Censura de la prensa en Venezuela y resistencia de los medios de comunicación frente a la represión». *El Café Latino*. 8 de noviembre de 2024. <https://elcafelatino.org/es/censura-medios-venezuela/#:~:text=diversidad%20de%20la%20informaci%C3%B3n>

23 Idem.

24 Idem.

por su línea crítica²⁵). Luego el Estado asumió control de la única empresa importadora de papel prensa (CEAM), y condicionaba su venta a diarios a cambio de líneas editoriales favorables²⁶. Decenas de diarios regionales cerraron al quedarse sin papel. Paralelamente, las concesiones de radio se usaron como espada de Damocles: unas 200 emisoras de radio y TV fueron cerradas por Conatel (el ente regulador) desde 2004, muchas mediante procedimientos opacos²⁷. Programas emblemáticos de opinión fueron sacados del aire. Y en la era Maduro (2013 en adelante), se sumó la censura digital: bloqueo de portales web de noticias, filtrado de redes sociales durante protestas. En 2024, tras una cuestionada elección, Maduro impuso una «ofensiva contra las redes sociales» bajo la acusación de que propagaban mensajes de odio fascista, llegando incluso a suspender por 10 días la plataforma Twitter (rebautizada X) y restringir WhatsApp y Signal²⁸. Todo con tal de restringir la expresión crítica e impedir la organización de protestas²⁹. Hoy los pocos periodistas independientes que quedan en Venezuela operan

25 Idem.

26 Idem.

27 Idem.

28 Ídem.

29 Ídem.

92 en la semi-clandestinidad o desde el extranjero; más de 370 periodistas venezolanos han tenido que exiliarse y al menos 400 medios cerraron desde 2007³⁰.

¿Cómo se sostiene entonces la narrativa pública? Mediante propaganda masiva. Todos estos regímenes han invertido fuertemente en sus aparatos comunicacionales. Un ejemplo destacado es Telesur, la cadena multiestatal fundada por Chávez en 2005 con sede en Caracas. Telesur nació con el lema de dar «la visión del Sur» en contraposición a CNN y las cadenas «imperialistas». Recibió financiamiento de Venezuela, Cuba, Nicaragua, Bolivia y otros gobiernos de izquierda. Actualmente transmite en español (y tuvo un portal en inglés) a nivel mundial. Sin embargo, lejos de ser una BBC latinoamericana neutral, Telesur ha sido acusada de funcionar como brazo internacional de propaganda chavista³¹. Se alinea totalmente con los gobiernos de Venezuela,

30 «Más de 400 medios cerrados y 12 periodistas detenidos desde el 2007 en Venezuela por la dictadura de Maduro». *Fuentes Informadas*. 13 de abril de 2025. <https://fuentesinformadas.com/venezuela-registra-un-cierre-de-400-medios-desde-el-2007#:~:text=Venezuela%20registra%20un%20cierre%20de,medios%20de%20comunicaci%C3%B3n%20desde%202007>

31 Telesur. *Wikipedia*. <https://es.wikipedia.org/wiki/Telesur#:~:text=suscripci%C3%B3n%20de%20Latinoam%C3%A9rica, %E2%80%8B>

Cuba, Nicaragua, etc., tergiversando hechos a su favor³². Por ejemplo, presentó las protestas masivas de 2014 y 2017 en Venezuela como «violencia terrorista de la derecha», ocultando la represión estatal; o calificó las denuncias de fraude en elecciones nicaragüenses como «campana desestabilizadora yanqui». Telesur tiene convenios de colaboración con Rusia (RT), China (CGTN), Irán (HispanTV)³³, formando un eje mediático que difunde desinformación sincronizada. Este ecosistema le da al régimen comunista una caja de resonancia global para su discurso.

El ciudadano común queda atrapado en una burbuja informativa. Solo oye lo que el régimen quiere que oiga. Así, la verdad se vuelve esquiva. Un venezolano de un barrio popular que solo ve VTV podría creer genuinamente que la escasez es culpa de «la guerra económica» de empresarios malvados, porque nunca escucha un análisis alternativo. Un cubano que solo lee Granma pensará que los balseros que

32 Ídem.

33 Cárdenas, Emilio. «La caída del precio del petróleo debilita a Venezuela». *La Nación*. 28 de enero de 2015. <https://www.lanacion.com.ar/opinion/la-caida-del-precio-del-petroleo-debilita-a-venezuela-nid1763567/#:~:text=Los%20subsidios%20incluyen%20a%20Cuba%2C,cinco%20millones%20de%20d%C3%B3lares%20diarios>

94 huyen a Miami son «traidores sin principios» y que en el resto del mundo se vive peor. Esta manipulación masiva crea una realidad paralela. Y es deliberada: como dijo Orwell, «quien controla el presente controla el pasado, y quien controla el pasado controlará el futuro». Aquí controlan el presente bombardeando diariamente una versión única de los hechos, reescribiendo el pasado a conveniencia (próceres convertidos en socialistas *avant la lettre*, hazañas inventadas) y así preconstruyen un futuro donde el partido siga al mando, pues «sin él todo sería caos».

Finalmente, cuando ni aun así logran convencer, echan mano de la represión abierta contra comunicadores. Ser periodista independiente en estos países es casi un acto suicida: amenazas, detenciones, agresiones físicas y campañas de difamación son pan de cada día. Ya ser ciudadano con voz propia en redes es peligroso: decenas de venezolanos han sido detenidos solo por tuits críticos. En Cuba, protestar diciendo «Patria y Vida» (título de una canción disidente) llevó a condenas de hasta 15 o 20 años por «sedición». La información deja de ser un derecho y se vuelve un privilegio clandestino. El régimen decide qué es verdad y qué es mentira; lo demás se castiga.

Bajo un sistema comunista totalitario, la noción de oposición legítima desaparece. En una democracia normal, gobierno y oposición son partes del juego político. En cambio, estos regímenes consideran cualquier oposición como enemiga del pueblo. Se equipara disentir con delinquir. Así, la política se criminaliza por completo: no hay adversarios, solo criminales o conspiradores a los que hay que neutralizar.

Esto se manifiesta de varias formas. Una es la inhabilitación y persecución de líderes opositores. En Venezuela, prácticamente toda figura política opositora de peso ha sido inhabilitada administrativamente (supuestas investigaciones fiscales o trámites pendientes sirven de excusa para prohibirles ejercer cargos). Es decir, la oposición entera está proscrita de hecho. Puede haber «elecciones», pero el régimen escoge a dedo quiénes pueden postularse (generalmente candidatos menores o divisionistas). Compite en solitario, asegurándose de antemano la victoria por descalificación del rival, no por convencer a la gente.

En Nicaragua, la situación es aún más burda: en 2021 Ortega mandó encarcelar a todos los precandidatos presidenciales opositores meses antes de las elecciones. Unos siete aspirantes,

96 incluidos exguerrilleros sandinistas disidentes como Dora María Téllez, fueron detenidos bajo cargos ridículos de «conspiración» o «traición». Las elecciones de noviembre 2021 se realizaron sin candidatos alternativos reales; Ortega se reeligió sin competencia seria. Los opositores permanecen en prisión o en el exilio. El ejemplo más estremecedor fue el de Cristiana Chamorro, hija de la expresidenta Chamorro: fue detenida en casa y permaneció bajo arresto por simplemente encabezar las encuestas. Junto a ella, unos 40 líderes políticos, sociales y empresariales cayeron presos en esa redada. Y tras la farsa electoral, Ortega redobló la represión: en 2022 y 2023, expulsó del país a escritores, sacerdotes, activistas y confiscó sus bienes, dejándolos apátridas. Declaró «traidores» a más de 300 nicaragüenses, quitándoles la ciudadanía³⁴, algo que recuerda las prácticas estalinistas contra disidentes soviéticos.

En Cuba, cualquier atisbo de organización opositora ha sido históricamente reprimido. No se permite legalmente ningún partido aparte del comunista. Las Damas de Blanco (madres

34 «Congreso aprueba reforma que da poder total a Ortega». DW, 22 de noviembre de 2024. <https://www.dw.com/es/asamblea-nacional-de-nicaragua-aprueba-reforma-que-da-poder-total-a-ortega-y-su-esposa/a-70864770#:~:text=La%20reforma%20establece%20que%20el,intereses%20extranjeros>

de presos políticos) fueron hostigadas continuamente en sus marchas pacíficas. Los líderes de UNPACU (Unión Patriótica de Cuba) han estado presos. Tras las protestas masivas del 11 de julio de 2021 en la isla, el régimen sentenció a más de 700 manifestantes pacíficos con penas que van de 5 a 25 años, bajo cargos de «sedición» y «desórdenes» por corear «libertad» en las calles. El mensaje que envían todos estos actos es claro: ser opositor es ser criminal.

Asimismo, el régimen fomenta una cultura de odio hacia la disidencia entre sus bases. Se adoctrina a simpatizantes para que se vea al «opositor» como un enemigo existencial, no un adversario con ideas distintas. En Venezuela, por ejemplo, proliferó la retórica de que la oposición quería sabotear la economía y «hacer sufrir al pueblo para culpar al gobierno». En actos públicos, Maduro ha llamado «escuálidos, apátridas, basura» a los opositores. En Cuba les dicen «gusanos» desde los años 60. Ese lenguaje deshumanizante justifica luego la violencia contra ellos. Pues no son ciudadanos, son enemigos existenciales que amenazan la «identidad» y seguridad de «la nación». De ahí que el régimen se asegura su hegemonía, mientras suprime toda diversidad de criterio: elecciones sin opciones reales, parlamentos convertidos en comparsas (si existen), y una ciudadanía amedrentada que prefiere no «meterse en política».

Tras la llegada de Chávez al poder, Venezuela se convirtió en el banco y plataforma de la izquierda radical regional. Con los petrodólares del boom, Chávez lanzó en 2005 la iniciativa Petrocaribe: ofrecía a 17 países del Caribe y Centroamérica petróleo venezolano con pagos financiados a largo plazo (25 años, 1% interés)³⁵. Era un regalo disfrazado de convenio. Esto le compró apoyo diplomático: naciones pequeñas como Haití, Jamaica o algunas islas empezaron a votar a favor de Venezuela en foros internacionales. De Petrocaribe, el mayor beneficiario fue Cuba (que recibía unos 100 mil barriles diarios subsidiados, cubriendo 59% de su consumo de petróleo³⁶). Haití llegó a depender en 93% del crudo venezolano³⁷, Nicaragua en un 70%³⁸, El Salvador un 13%, República Dominicana

35 Cárdenas, Emilio. «La caída del precio del petróleo debilita a Venezuela». *La Nación*. 28 de enero de 2015. <https://www.lanacion.com.ar/opinion/la-caida-del-precio-del-petroleo-debilita-a-venezuela-nid1763567/#:~:text=Los%20subsidios%20incluyen%20a%20Cuba%2C,cinco%20millones%20de%20d%C3%B3lares%20diarios>

36 Idem.

37 Idem.

38 Idem.

23%³⁹. Esos países contrajeron una deuda política: criticar a Chávez/Maduro podía significar perder el suministro vital de energía. Y así, en la OEA y la ONU muchas veces lograron bloquear resoluciones contra el chavismo gracias a esos votos comprados. Chávez gastó al menos 70 mil millones de dólares regalando petróleo y dinero a más de 50 países durante su mandato, según estimaciones⁴⁰.

Otro engendro fue la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA), fundada en 2004 por Chávez y Fidel Castro. Se planteó como contrapeso al ALCA (Área de Libre Comercio promovida por EE.UU.). La ALBA incluyó a Bolivia, Nicaragua, algunas islas caribeñas y brevemente Ecuador. Promovió esquemas como el trueque de petróleo por servicios médicos (Cuba mandaba miles de médicos, Venezuela pagaba con crudo), la creación de empresas «transnacionales» conjuntas, y hasta una moneda virtual de compensación llamada SUCRE. Si bien tuvo logros puntuales como la «Operación Milagro» (operaciones gratuitas de la vista para miles de pobres), la ALBA en lo económico fue insostenible. Dependía del subsidio venezolano, y cuando

39 Idem.

40 Idem.

100 este mermó, varios países se salieron (Ecuador, por ejemplo, con Lenin Moreno). Hoy la ALBA es más un bloque retórico que real, con influencia muy reducida. Sin embargo, en lo político sirvió para coordinar apoyos mutuos.

En cuanto a alianzas extra-regionales, destacan:

- **Rusia:** Es un socio político-militar clave. Venezuela se volvió el principal comprador de armas rusas en América Latina: entre 2001 y 2013, América Latina compró armas rusas por \$14.500 millones, y Venezuela representó aproximadamente las tres cuartas partes de esas compras⁴¹. Tanques, aviones Sukhoi, misiles antiaéreos, fusiles AK, todos engrosaron el arsenal chavista. Rusia a cambio obtuvo un pie geopolítico en el «patio trasero» de EE.UU. Además, Rusia ha enviado bombarderos estratégicos a ejercicios en Venezuela, e incluso cuenta con autorización periódica para que tropas rusas entren en Nicaragua a realizar «adiestramiento y asistencia

41 Fleischman, Luis. «La crisis por Ucrania presenta oportunidades de negociar arreglos en América Latina». *Infobae*. 22 de enero de 2022. <https://www.infobae.com/america/opinion/2022/01/22/la-crisis-por-ucrania-presenta-oportunidades-de-negociar-arreglos-en-america-latina/#:~:text=a-menazando%20directamente%20su%20seguridad%20nacional>

humanitaria»⁴² (un eufemismo para la presencia militar). Destacando también el apoyo propagandístico de Rusia, a través de medios como RT y Spunik, fungiendo como cámaras de eco de discursos políticos viciados.

- **China:** China ha inyectado enormes créditos a Venezuela (más de 45 mil millones de dólares en préstamos desde 2007, pagaderos con petróleo⁴³) y ha invertido en proyectos en Ecuador, Bolivia, Nicaragua (aunque este último menos por su pequeño tamaño). Hay reportes de que China ha exportado sistemas de cámaras de reconocimiento facial, censura de internet y espionaje digital a gobiernos aliados, dado su interés comercial por obtener contratos lucrativos y materias primas rentables.

42 «Nicaragua autoriza el ingreso al país de tropas de Rusia, EE.UU., Cuba, Venezuela y México». *Swissinfo*. 30 de mayo de 2025. <https://www.swissinfo.ch/spa/nicaragua-autoriza-el-ingreso-al-pa%C3%ADs-de-tropas-de-rusia,-ee.uu.,-cuba,-venezuela-y-m%C3%A9xico/89432901#:~:text=El%20objetivo%20de%20esta%20medida,2025%2C%20seg%C3%BAn%20el%20decreto%20presidencial>

43 Cárdenas, Emilio. «La caída del precio del petróleo debilita a Venezuela». *La Nación*. 28 de enero de 2015. <https://www.lanacion.com.ar/opinion/la-caida-del-precio-del-petroleo-debilita-a-venezuela-nid1763567/#:~:text=d%C3%B3lares%20s%C3%B3lo%20para%20poder%20pagar,las%20importaciones%20que%20debe%20hacer>

Venezuela instaló, con ayuda China, miles de cámaras «Patria Segura» conectadas con software de reconocimiento. En Cuba, Huawei ayudó a montar la infraestructura de internet con filtrado integrado. De modo que este país provee el *know-how* técnico para que estas dictaduras vigilen a su población. Adicionalmente, empresas chinas han asumido proyectos estratégicos (minería en Venezuela, represas en Ecuador, telecomunicaciones en Bolivia), creando dependencia económica que se retroalimenta de las necesidades de estos regímenes.

- **Irán:** Venezuela y Cuba han estrechado lazos con la teocracia iraní, bajo el común denominador de la enemistad con EE.UU. Irán ha enviado gasolina a Venezuela en momentos de escasez (ya que las refinerías venezolanas colapsaron, paradójicamente en el país con mayores reservas de crudo). Se han reportado vuelos misteriosos Caracas-Teherán y convenios oscuros de cooperación militar y tecnológica. Incluso se especuló sobre presencia del grupo libanés Hezbolá (patrocinado por Irán) en Venezuela, aprovechando la colonia libanesa en la zona de Margarita y la porosa frontera con Colombia, para actividades ilícitas. En 2020 EE.UU. capturó barcos con gasolina iraní para Maduro, mostrando esta conexión.

Bolivia bajo Evo también firmó acuerdos con Irán en materia desde agricultura hasta posible industria militar (lo cual alarmó a países vecinos). Es una alianza que mezcla lo político (cierre de filas anti-USA) y lo clandestino (evasión de sanciones, inteligencia).

- **Corea del Norte:** Si bien la influencia norcoreana es menor, simbólicamente se relacionan. Venezuela abrió en 2019 su primera embajada en Pyongyang⁴⁴, una movida inusual pues la mayoría de países estaban aislando a Norcorea. Solo Venezuela, Cuba y Brasil (bajo Lula 1.º) han tenido relaciones cercanas con el régimen de Kim. Corea del Norte envía especialistas en radiofrecuencia e inteligencia a aliados (se rumoró que ayudaron a montar radios de propaganda en Venezuela). Y lo más claro: el «culto al líder» en Corea ha sido admirado y estudiado por algunos propagandistas de estos regímenes. Las megalomanías de Chávez y Ortega tienen un aire de dinastía estilo Kim (Ortega puso de virtual sucesora

44 Chad O'Carroll; Zwirko, Colin. «Venezuela opens first embassy in North Korea». *NK News*. 21 de Agosto de 2019. <https://www.nknews.org/2019/08/venezuela-to-open-embassy-in-north-korea-on-wednesday-afternoon/#:~:text=Venezuela%20opened%20a%20new%20embassy,post%20from%20the%20Russian%20embassy>

a su esposa; en Venezuela, Maduro ha posicionado a su hijo «Nicolasito» en altos círculos). No es coincidencia, es aprendizaje.

- **Cuba:** La alianza entre Cuba y Venezuela merece mención especial. Cuba no tiene petrodólares que ofrecer ni un gran mercado, pero ofrece algo que ha resultado invaluable para otros regímenes: su *know-how* de control totalitario acumulado en 60 años. Cuba exporta métodos de vigilancia, inteligencia y represión. Miles de cubanos trabajan en Venezuela en roles que van desde médicos en barrios (muchos también recaban información de la comunidad) hasta oficiales asesorando en contrainteligencia. Informes de expertos (por ejemplo, del Instituto CASLA) han revelado que el temido DGCIM venezolano –policía de inteligencia militar– fue prácticamente reestructurado bajo supervisión cubana⁴⁵. Los cubanos introdujeron técnicas de tortura más sofisticadas y crueles⁴⁶, además de novedosos sistemas de espionaje interno.

45 Trillo, Manuel. «Los cubanos introducen en Venezuela sus métodos de tortura para hacerlas más crueles». *ABC Internacional*. 17 de enero de 2020. https://www.abc.es/internacional/abci-cubanos-introducen-venezuela-metodos-tortura-para-hacerlos-mas-cruels-202001171321_noticia.html

46 Idem.

En definitiva, tenemos un bloque autoritario en el continente, interconectado. Sus miembros se respaldan para evitar aislamientos; tanto como se respaldan a nivel material, con servicios de inteligencia y represión; que se suman a las redes de apoyo diplomático y comunicacional a nivel internacional. Desde los niveles más tácticos y materiales (inteligencia, equipos y planes de represión) hasta el ámbito más informativo y comunicacional, los diversos regímenes aludidos articulan dinámicas de apoyo recíproco y protección.

Epilogo: ¿Qué significa resistir?

Después de este crudo recorrido, cabe preguntarse: ¿Qué hacemos frente a esta realidad? ¿Es posible la resistencia y la esperanza bajo un totalitarismo comunista? La respuesta es sí, pero entendiendo que la resistencia comienza en un terreno íntimo y poderoso: la conciencia individual.

El comunismo muta de formas, pero su esencia permanece: desprecia la libertad humana y reduce a la persona a medio para un fin utópico. Resistir es, ante todo, afirmar nuestra humanidad irreductible.

106 La primera forma de resistencia es no vivir en la mentira: no repetir consignas que no se creen, no fingir adhesión, no colaborar con la injusticia. Vivir en la verdad es el mayor acto subversivo.

También es cuidar el lenguaje. Llamar «dictadura» a lo que es dictadura, «preso político» a quien lo es. Cada palabra justa es una grieta en el muro de la propaganda. Y cuando esta propaganda se sostiene sistemáticamente por redes de poder internacionales, se entiende la fuerza crítica de la denuncia comprometida. Resistir es también educar y recordar. La memoria de lo que fue impide que la mentira triunfe. Documentar lo ocurrido, nombrar a los mártires, escribir la verdad, aunque sea en la sombra. Y, sobre todo, resistir es no ceder la dignidad. Mantener la frente en alto. La dignidad es contagiosa: cuando uno se yergue, otro se anima.

Conservar la lucidez y la esperanza: eso ya es vencer, incluso antes de la victoria final. Porque un pueblo que no se rinde por dentro jamás será vencido del todo. La libertad, la justicia y sobre todo la verdad triunfan. Como expresó el papa León XIV en sus primeras palabras de esperanza: el mal no prevalecerá.

Black Lives Matter, *wokismo* y la izquierda radical: el plan para destruir Estados Unidos

Mike GONZÁLEZ

NACÍ en Cuba y, como todos los cubanos, crecí 107
en medio de grandes penurias. Un ejemplo basta
para ilustrarlo: mi padre, profundamente francó-
fobo pero todavía más anticomunista, decidió inscribirme
en la escuela francesa para hijos de diplomáticos en los años
sesenta. Cuando Castro clausuró aquel último centro priva-
do, fui trasladado a la escuela pública. Allí se burlaban de
mí. El propio director aseguraba que yo era «monaguillo» y
que «me vestía de niña todos los domingos», simplemente
porque no era pionero. Aquello marcó mi infancia.

Un día el director me obligó a vestir el uniforme de pionero;
mi padre estuvo a punto de agredirlo. Tras su muerte, mi
madre me apartó del régimen y, pocos años después, a los
12, emigré a la España franquista de los setenta –que Sán-
chez Dragó llegó a calificar como «el mejor país del mundo»,

108 pese a sus problemas-. Más tarde me establecí en Estados Unidos, donde he disfrutado de una vida cómoda. Por eso, no me reconozco como víctima.

Hoy me presento no como víctima del comunismo, sino como alguien que ha vencido culturalmente al comunismo americano, aún vigente pero en retroceso. No afirmo que hayamos derrotado al *wokismo*, pero creo que Donald Trump ha abierto un combate valiente contra las instituciones que lo alimentan: universidades, escuelas, museos, bibliotecas y centros culturales.

Hasta ahora hemos logrado una victoria parcial pero significativa frente a la identidad que el *wokismo* quiso imponer a la sociedad estadounidense. Estuvieron cerca de triunfar. El 25 de mayo de 2025 se cumplió el quinto aniversario de la muerte de George Floyd, un suceso trágico para su familia, pero manipulado por activistas adoctrinadas en ideologías marxistas para convertirlo en catalizador de un movimiento revolucionario. Y casi lo consiguieron.

Black Lives Matter superó incluso sus propias expectativas: meses de disturbios, pérdidas económicas de miles de millones, muertes y violencia generalizada. Muchas instituciones culturales se rindieron, aceptando el relato de que Estados

Unidos es un país opresivo con racismo sistémico y defendiendo, en consecuencia, la necesidad de derrocar el sistema americano, aunque sin especificar qué proponían en su lugar. Pero lo sabemos: reemplazar el sueño americano por el colectivismo, la planificación central y, en última instancia, los gulags.

¿Cómo lograron tanto éxito? Por un lado, por el miedo que generó la violencia. Por otro, porque supieron explotar un sentimiento de culpa muy arraigado en la sociedad: el *white guilt*. La historia racial de Estados Unidos tiene episodios horribles, y esa herida fue utilizada como arma política.

Las fundadoras de Black Lives Matter –Alicia Garza, Patrisse Cullors y Opal Tometi– fueron entrenadas en teoría y práctica marxista. Patrisse Cullors, por ejemplo, recibió la influencia de Eric Mann, exmiembro del grupo terrorista *Weather Underground* y fundador del *Labor Community Strategy Center* de Los Ángeles. En 1999, con apenas 17 años, Cullors fue reclutada y adoctrinada en ideología marxista y maoísta. Alicia Garza siguió un proceso similar bajo la influencia de Cecilio Goldberg.

Estas dirigentes se encontraron en 2007 en el *US Social Forum* de Atlanta, un espacio que Hugo Chávez había

110 impulsado un año antes en Caracas como réplica del Foro Social Mundial. Allí se reunieron centenares de marxistas, siete años antes de la muerte de Trayvon Martin y del nacimiento de Black Lives Matter. Su éxito no fue espontáneo, sino fruto de una estrategia cuidadosamente planificada.

En Hispanoamérica, el marxismo prospera gracias a la desigualdad. En Estados Unidos lo hace apoyándose en las disparidades raciales: diferencias en educación, ingresos y encarcelamiento. Desde *The Heritage Foundation* trabajamos para analizar estas dinámicas. Estoy convencido de que una de las causas es la desestructuración familiar: el 75% de los niños afroamericanos nacen sin padre en casa, lo que impacta gravemente en sus oportunidades. En contraste, nigerianos o ghaneses-americanos –con pigmentación similar– presentan mayores tasas de éxito laboral y académico. La diferencia está en la familia: en la presencia del padre. Si no abordamos estos problemas, el marxismo seguirá siendo atractivo.

A comienzos de 2021, el pueblo estadounidense empezó a levantarse. En junio de ese año estuve en el condado de Loudoun (Virginia), a una hora de Washington, donde miles de padres se congregaron para protestar. Allí hablé en un gran evento que se convirtió en epicentro de la resistencia.

Desde entonces recorrí el país: en 2021 visité 25 ciudades; en 2022, otras 30, desde Salt Lake City a Tucson, pasando por New England, Florida o Seattle. 111

En noviembre de 2021, Glenn Youngkin fue elegido gobernador de Virginia gracias al rechazo de los padres a los programas wokistas. Aunque esa experiencia no sea directamente replicable en España, la energía era palpable. Esa dinámica continuó y, el año pasado, Donald Trump fue elegido presidente. Aunque imperfecto, ha combatido con firmeza en el terreno cultural. Hoy estamos en una encrucijada: no hemos ganado la guerra, pero hemos conquistado grandes batallas.

Para vencer, es fundamental identificar al adversario. Black Lives Matter y otras organizaciones tienen vínculos con Venezuela, Bolivia y Cuba. Sus fundadoras fueron adoctrinadas en marxismo –Cullors por Eric Mann, Garza por Goldberg– y participaron en foros impulsados desde Caracas en 2006.

Hoy, los mismos organizadores, donantes y patrocinadores que impulsaron Black Lives Matter están detrás de las protestas universitarias pro Gaza y contra Israel. No les interesa la justicia social ni Oriente Medio: su objetivo real es destruir y reemplazar a Estados Unidos.

112 En *The Heritage Foundation* tenemos un lema: «En Washington no hay victorias permanentes, pero tampoco derrotas definitivas». Con ese espíritu seguimos luchando, explicando a Europa lo que ocurre en Estados Unidos y acumulando algunas victorias importantes.

El nuevo totalitarismo en Iberoamérica: progresismo *woke* y crimen organizado

Alejandro PEÑA ESCLUSA

Es un gran placer y un honor estar aquí, y además 113
muy agradecido con CEU San Pablo, con CEFAS,
con estos amigos que me acompañan en este panel
tan extraordinario.

Antes de hacer mi responderle a don Mario, quiero anunciarles una buena noticia. El fin de semana pasado, se ha llevado a cabo una operación para extraer al equipo de María Corina Machado que estaba asilado en la embajada argentina en Caracas. Una operación de alto nivel con participación de los Estados Unidos. Están todos libres ahora en Estados Unidos. Uno de ellos estuvo aquí en el primer Congreso Internacional de Víctimas del Comunismo, Pedro Urruchurtu. Así que yo estoy muy contento, y quería darles esa buena noticia. Se trata de un paso más hacia la liberación de Venezuela, cuyo pueblo ha dado un testimonio de lucha ejemplar.

114 El Socialismo del Siglo XXI comenzó con una maniobra que hizo Hugo Chávez cuando era candidato. Él golpeó muy duramente al sistema durante años diciendo: «El sistema no sirve, la democracia no sirve, esto hay que cambiarlo», exponiendo únicamente los aspectos negativos de la realidad venezolana, a pesar de que Venezuela experimentaba un proceso creciente de desarrollo, con sus luces y sombras.

Paralelamente, Chávez desarrolló un discurso durante toda su campaña electoral, asumiendo como válidas las mentiras de la leyenda negra contra España, alegando que los españoles habían ido a América a matar indios y escondiendo los aportes de la evangelización y de la portentosa obra de España en nuestro continente.

En su discurso, Chávez daba un salto olímpico desde los pueblos indígenas, desde el cacique Guaicaipuro, hasta la Independencia, borrando trescientos años de historia evangelizadora. Hizo exactamente lo mismo que explica el autor venezolano Ángel Bernardo Viso, en su libro *Venezuela, identidad y ruptura*.

Chávez tomó del Foro de São Paulo esta visión según la cual Iberoamérica estaba erróneamente orientada hacia Europa.

Es decir, una orientación «eurocéntrica». Y que había que cambiarla por una orientación «indocéntrica». En otras palabras, Chávez decía que Iberoamérica debía romper con España –no decía romper con la cristiandad, pero eso es lo que realmente quería decir–, y regresar a las antiguas religiones paganas. 115

En resumen, Hugo Chávez, asesorado por Cuba y por los ideólogos del Foro de São Paulo, desarrolló un proceso de deconstrucción de la identidad venezolana, haciendo ver que nuestras raíces provenían de los aborígenes y de los próceres de la Independencia, omitiendo todo lo que tuviera que ver con la obra de España en América y con nuestra identidad cristiana occidental. Ya siendo presidente, Chávez continuó con ese discurso y usó el poder del Estado para afianzar su tesis.

Pongo como ejemplo lo que hizo Chávez con respecto a la imagen de Simón Bolívar: El cuadro de Bolívar que ven ustedes a la izquierda, fue elaborado por el un pintor peruano José Gil de Castro, sobre el cual el propio Bolívar dijo: «Este es el retrato más fidedigno que han hecho de mí». Sin embargo, el gobierno de Chávez hizo oficial este otro cuadro de Bolívar, expuesto a la derecha, que como pueden ver es totalmente

116 diferente, porque muestra la figura de un hombre zambo, parecido a Chávez. Sin duda se trata de una operación de ingeniería social para manipular al pueblo venezolano, con el fin de identificar a Simón Bolívar con Hugo Chávez. Un supuesto patriota que defiende los intereses nacionales.

Pero la realidad es muy distinta. Chávez fue un agente cubano que entregó nuestro país a Fidel Castro sin que este tuviera que disparar un solo tiro. Como dice mi amigo, el prócer de la democracia venezolana, Enrique Aristeguieta Gramcko, Chávez ha sido el traidor más grande que ha tenido Venezuela en toda su historia.

El siguiente pasó que dio Chávez fue buscar y obtener el control total de todas las instituciones. Lo hizo a través de convocar a una Asamblea Constituyente y a través de un fraude electoral. No tengo tiempo de exponer aquí cómo fue ese fraude, pero todo está explicado en uno de mis libros que aquí les muestro titulado *Los fraudes electorales del Foro de São Paulo*. Hay un capítulo dedicado a detallar cómo fue el fraude de la Asamblea Constituyente.

En breves palabras, y como pueden ver en esta lámina, Chávez logró obtener el 95% de los curules con una votación

del 62%, mientras que la oposición sacó 38% de los votos y solamente le tocaron seis escaños, 5% de los curules. El proceso de este robo electoral estuvo basado en una variante de lo que se conoce como *gerrymandering*. 117

Seguidamente, Chávez dio un paso más hacia el control totalitario de Venezuela alegando que, y parafraseo: «Como, yo represento la voluntad popular, yo interpreto esa voluntad, entonces yo puedo hacer lo que quiera, incluso por encima de la Constitución».

Seguidamente, basado en la tesis expuesta por el argentino Norberto Ceresole, en su libro *Caudillo, pueblo, ejército*, Chávez propuso redefinir el concepto tradicional de democracia, de «representativa» a «participativa». Un engaño, un eufemismo para establecer que el pueblo participa votando, que quien decide es Chávez, por ser el único interprete de la voluntad popular. Subsiguientemente, según la visión de Ceresole, el rol de las Fuerzas Armadas es proteger al caudillo –no a la Constitución– para que pueda seguir interpretando la voluntad popular. De esta forma, Chávez no solamente tomó el control de todas las instituciones por medio de la Asamblea Constituyente, sino que también de las armas de la nación, todo en favor de su proyecto castro-comunista.

118 Increíblemente, este mecanismo de deconstrucción de la democracia venezolana fue, en última instancia, una maniobra para entregar todos los poderes a Fidel Castro, quien decidía cada detalle de lo que hacía el régimen chavista, incluyendo, por supuesto, el uso del presupuesto nacional.

Queridos amigos: todo esto se hizo con la asesoría de españoles, como por ejemplo, Iglesias, Errejón, Monedero, Bescansa, Alegre, todos los fundadores de Podemos que cobraban 7.000 € por mes. Es decir, esto no era un proyecto de Hugo Chávez, era un proyecto internacional. Venezuela fue un laboratorio en donde toda la izquierda internacional –llámese Ceresole, llámese Marta Harnecker de Chile, llámese Heinz Dieterich, el inventor de la palabra «Socialismo del Siglo XXI».

Hay un español sobre quien quiero llamar la atención, de nombre Jorge Verstryngge, autor del libro *La guerra periférica y el islam revolucionario*, cuya portada les muestro en pantalla. Chávez ordenó que este libro se imprimiese se imprima en el Fuerte Tiuna, la instalación castrense más importante de Venezuela, para que los militares lo leyeran. Fue así como comenzó la relación de Chávez con Irán, con Hézbola, con Hamás, etcétera.

Una vez logrado el control de las instituciones, Chávez usó los petrodólares de todos los venezolanos para expandir el Socialismo del Siglo XXI a toda la región, logrando así colocar ilegalmente a catorce presidentes pertenecientes al Foro de São Paulo gobernando simultáneamente. La izquierda llama a este período, que comenzó en 1999 con la Asamblea Constituyente, hasta el año 2008, la «década dorada».

El Socialismo del Siglo XXI es un modelo que puede adoptar diversos nombres, pero que busca imponer el totalitarismo castro-comunista en nuestra región. En Venezuela se llamó «bolivarianismo». En Bolivia se llamó «Estado plurinacional». En Colombia se llamó «paz total». Pero son solo variantes del mismo esquema, desarrollado como experimento en ese laboratorio social que se llama Venezuela, y que se exportó al resto de nuestro continente. Al igual que se exportó también el fraude electoral.

A partir del año 2009, marcado por la destitución del presidente hondureño Manuel Zelaya, el Foro de São Paulo comienza a retroceder. De catorce presidentes que tenía en el año 2009, retrocede hasta tener solo cuatro mandatarios en el año 2017, debido, por una parte, a que son malos gobernantes y por ello pierden elecciones, y por la otra, porque cometen delitos que los llevan a ser destituidos.

120 En el año 2017, comenzó lo que podíamos denominar la «segunda ola» del Foro de São Paulo: Ganan elecciones Andrés Manuel López Obrador en México, Cristina Kirchner en Argentina, Pedro Castillo en el Perú, Xiomara Castro en Honduras, Gustavo Petro en Colombia, Gabriel Boric en Chile y Lula da Silva en Brasil. Cuando Petro viaja al Brasil a la toma de posesión de Lula, dio estas declaraciones, que considero reveladoras. Petro dijo que la primera ola del Foro de São Paulo fracasó porque no era suficientemente *woke*, no era suficientemente progresista. Y Petro propuso –como pueden ver en esta lámina tomada de un reportaje publicado en el diario *Folha de São Paulo*– que Iberoamérica debía convertirse en el «faro mundial del progresismo».

El año 2017 marca, por decirlo de alguna manera, una nueva generación de miembros del Foro de São Paulo, menos ortodoxos y más neomarxistas, que comienzan a desarrollar planes de gobierno wokistas: aborto, ideología de género, ecologismo radical, legalización de las drogas, etc. El propio Petro en su primer discurso en la Asamblea General de la ONU dijo que «es más venenoso para la humanidad el petróleo que la cocaína». Esto explica que la industria petrolera colombiana esté caminando hacia la quiebra, como pueden

ver en las curvas que les muestro en pantalla sobre el colapso de las acciones de Ecopetrol. 121

Gabriel Boric, por su parte, planteó un nuevo proyecto de Constitución ultra *woke*. Mientras que, como pueden ver en este artículo de Mike González, titulado *Wokeness Finds New Life South of the Border*, la presidente de México, Claudia Sheinbaum, gobierna con un programa wokista.

Para finalizar, y respondiendo a la pregunta original de Mario Noya, en Iberoamérica, con el Socialismo del Siglo XXI, se ha dado una combinación entre progresismo *woke* –sobre todo en esta segunda etapa– y crimen organizado. Hoy en día, el Foro de São Paulo es crimen organizado. Aquí hay una lista de sus miembros y la pregunta que debemos hacernos es: ¿quién de ellos no es delincuente? Nicolás Maduro, narcotráfico. Gustavo Petro, financiamiento del narcotráfico. Evo Morales, pedofilia. Pedro Castillo, golpe de Estado. Cristina Kirchner, corrupción. Rafael Correa, corrupción. López Obrador, financiamiento del narcotráfico. Lula, corrupción. Daniel Ortega, crímenes de lesa humanidad. Al igual que Díaz-Canel. ¿Quién de ellos no es delincuente? Todos lo son.

122 Entonces, se concluye que el Foro de São Paulo se ha convertido en una estructura socialista, wokista, tomada por el crimen organizado. Y quizás hay una oportunidad en el futuro cercano, porque el nuevo gobierno norteamericano ha declarado la guerra a los carteles de narcotráfico y al terrorismo. Y es mi opinión que, si se derrota el narcotráfico y al crimen organizado en Iberoamérica, entonces también caerá el Foro de São Paulo.

Don Mario, para contestar su pregunta: Socialismo del Siglo XXI, ¿a qué se traduce hoy?, ¿qué ha logrado? Ha convertido al continente iberoamericano en una zona de narcotráfico y de crimen organizado. ¿Se puede revertir? Sí, pero debemos luchar unidos para recuperar la democracia, las libertades y el Estado de Derecho.

Una mentira necesaria: mi viaje de Corea del Norte a la libertad

Doohyun KIM

Introducción

GRACIAS por darme la oportunidad de hablar hoy aquí. Es un honor dirigirme al II Congreso Internacional de las Víctimas del Comunismo aquí en Madrid. Estoy ante ustedes no solo como Doohyun Kim, sino como un sobreviviente y testigo: una voz por los millones que no pueden hablar. Mi historia es solo un hilo dentro del vasto manto de sufrimiento causado por el régimen norcoreano. Hoy quiero compartir esa historia. Es una historia de infancia marcada por el hambre y el miedo, de una familia destrozada por la opresión y de una huida impulsada por el amor y la esperanza de libertad. Comparto estos recuerdos con la esperanza de que arrojen luz sobre uno de los lugares más oscuros del planeta e inspiren a todos a actuar.

123

Nací y crecí en Corea del Norte, en una ciudad junto a un amplio río. De niño, creía que mi vida era normal. Jugaba con mis amigos en la orilla del río, mirando al otro lado donde se alzaban los edificios y circulaban coches en China—un mundo que parecía al alcance de la mano pero inalcanzable. Pero al crecer, la verdad se hizo evidente. Vivíamos bajo un miedo constante. El gobierno exigía lealtad absoluta; incluso una queja menor podía llevarte al castigo, la cárcel o la ejecución. Nunca se nos enseñó a pensar—solo qué pensar. Desde que aprendíamos a hablar, aprendíamos a alabar a la familia Kim y a callar nuestro propio dolor.

Uno de mis primeros recuerdos del sufrimiento fue el hambre. A mediados de los años noventa, una terrible hambruna llamada la «Marcha Ardua» arrasó Corea del Norte. El sistema de distribución pública de alimentos colapsó. Recuerdo acostarme con hambre y despertar aún más débil. Ver cadáveres en las calles y estaciones de tren se volvió algo normal. Nuestro «Gran Líder» nos decía que resistiéramos y culpaba a las sanciones estadounidenses. Pero eso no era verdad. EE. UU. estaba enviando más de mil millones de dólares en ayuda alimentaria. Nada de eso nos llegó. El régimen rechazó la

ayuda internacional y nos alimentó con mentiras. Debido al adoctrinamiento, incluso muriendo de hambre, muchos seguían creyendo en esas mentiras. El hambre no solo era una tragedia, era una herramienta. Los soldados disparaban a quienes buscaban comida. Yo crecí sabiendo que incluso intentar sobrevivir podía costarte la vida.

Durante esos años, el miedo se volvió parte de nuestro ser. Temíamos hacer preguntas o susurrar dudas. Aprendí a agachar la cabeza y ocultar mis pensamientos. Los vecinos espiaban a los vecinos. Una palabra equivocada podía condenar a toda una familia. Una noche, vi a soldados llevarse a dos familias –padres e hijos en pijama– porque alguien los había denunciado por practicar una fe prohibida. Mientras los subían a los camiones, cantaban una canción desafiante sobre Dios y la vida eterna. Fue la primera vez que escuché la palabra «Dios». Sus voces fueron silenciadas por culatas de fusil y perros ladrando. En Corea del Norte, incluso la esperanza y la fe son crímenes.

El miedo era el aire que respirábamos. No hablábamos con libertad –ni siquiera en casa. Mi padre una vez me advirtió: «Nunca digas nada malo del régimen. Las paredes tienen oídos». Yo era solo un niño, pero lo entendí: una palabra imprudente podía destruirnos.

El hambre y el miedo definieron mi infancia, pero ciertos momentos dejaron cicatrices para siempre. A los trece años, vi mi primera ejecución pública. En Corea del Norte, estos actos son escenificados para controlar a la población mediante el terror.

Un día, todos en el pueblo –niños y ancianos– fueron obligados a reunirse junto al río. Las escuelas, los mercados, las fábricas cerraron. Se montó un tribunal improvisado con funcionarios sentados tras una mesa blanca. Dos policías sacaron a un hombre delgado y tembloroso, y lo ataron a un poste. ¿Su crimen? Cortar la pierna de una vaca para alimentar a su familia.

Su esposa y sus hijos estaban en la primera fila, obligados a mirar. Nunca olvidaré su rostro, abrazaba a su bebé, llorando, mientras su hijo pequeño lloraba a su lado.

Entonces llegó la orden: «¡Apunten, fuego!» Tres soldados dispararon a la vez. El cuerpo del hombre colapsó. Unos hombres con un saco recogieron sus restos y los arrojaron a un camión. Y así terminó. Nos dijeron que volviéramos a casa como si hubiésemos salido de un evento escolar.

No recuerdo cómo volví a casa. Apenas comí o hablé durante semanas. Las pesadillas me perseguían. Pero en Corea del Norte, se esperaba que fingieras que todo estaba bien. A los trece, ya había aprendido la lección del régimen: el miedo te mantiene obediente y el silencio te mantiene vivo.

La rebeldía y el sacrificio de mi padre

Mientras el miedo callaba a la mayoría, mi padre era distinto. Fue un orgulloso exsoldado y un padre devoto. Pero en Corea del Norte, incluso las personas buenas pueden ser castigadas sin motivo. En los años setenta, un alto funcionario fue ejecutado por Kim Il-sung. Mi padre, que había servido bajo sus órdenes, fue dado de baja y etiquetado como «traidor».

Luchó por encontrar trabajo, pero nunca se rindió. Durante la hambruna, comenzó un pequeño negocio en el mercado para alimentarnos. Su resistencia me inspiraba. Pero el régimen no tolera ni siquiera ese pequeño éxito –especialmente de alguien considerado parte de la «clase hostil». Un día, la policía vino y lo arrestó por «negocios ilegales», aunque no había quebrantado ninguna ley. Solo necesitaban una excusa para castigar a un hombre al que ya desconfiaban.

128 Estuvo detenido un año. Cuando volvió, pesaba solo 30 kilos –apenas estaba vivo. Lo enviaron a casa para morir, para no tener que justificar una muerte bajo custodia.

Pero su espíritu no estaba roto. En un acto silencioso de rebeldía, escribió una carta al Partido Central en Pyongyang. Fue un riesgo impensable. En Corea del Norte, quejarse por abusos de derechos humanos podía costarte la vida. Pero él pasó días escribiendo a mano, describiendo la tortura, la corrupción y las injusticias que sufríamos cada día.

Semanas después, un Mercedes-Benz negro con la matrícula «216» –reservada para los colaboradores más cercanos de Kim Jong Il– se detuvo frente a nuestra casa. Un alto funcionario había venido a escuchar la historia de mi padre. Se disculpó y prometió justicia. Por primera vez, sentimos esperanza.

Pero fue una esperanza falsa. Días después, la policía local volvió y arrestó a mi padre nuevamente. Nunca más lo volvimos a ver.

Durante dos años vivimos en silencio y dolor, sin saber si estaba vivo o muerto. Finalmente, un oficial nos dijo la verdad: mi padre había muerto en prisión. Murió solo, simplemente por decir la verdad.

No se nos permitió enterrarlo. Al pedir su cuerpo, el régimen se negó. Afirmaron que, como había sido condenado a ocho años y murió después de dos, «aún le quedaban seis años por cumplir». Así que, incluso en la muerte, seguía siendo prisionero. Imaginen que les digan que su padre debe cumplir seis años más como cadáver. Fue grotesco. Humillante.

Me destrozó. Entendí entonces cuán roto estaba nuestro país. ¿Los gobiernos normales castigan a los muertos? ¿Matan, torturan y matan de hambre a su propio pueblo? No. Esto no era normal.

El valor y el sacrificio de mi padre endurecieron mi determinación; en 2009 decidí escapar.

La mentira necesaria: elegir la libertad sobre el miedo

Escapar significaba dejar atrás todo y a todos los que amaba. En ese momento, llevaba dos años casado con mi esposa Jiyeon –mi mejor amiga y confidente. Pero no podía contarle mi plan. En Corea del Norte, si alguien sabe de una desertión y no la denuncia, también es castigado. La única

130 forma de protegerla era mentir. Me rompía el corazón. Mi familia había vivido años sin saber qué le había pasado a mi padre. Ahora yo haría lo mismo con mi esposa. Pero no tenía elección.

La peor mentira que he dicho fue a la persona que más amaba.

Le dije que me ausentaría solo dos semanas—por un viaje de negocios. En realidad, no sabía si alguna vez regresaría.

En la estación, me sostuvo las manos, llorando suavemente, pensando que solo serían dos semanas. Tragué mis lágrimas. Si mostraba emoción, tal vez sospecharía la verdad. La abracé por última vez y subí al tren.

Al alejarse, la vi secándose los ojos. Mi corazón se partió en dos, mitad culpa, mitad determinación. Me hice una promesa: esta mentira no sería el final.

Sería el puente hacia un nuevo comienzo.

Escapar de Corea del Norte es una travesía que pocos se atreven a emprender –y aún menos sobreviven. Me convertí en un fugitivo en mi propia patria. Desde el momento en que bajé del tren cerca de la frontera con China, sentí que la muerte me perseguía. Durante miles de kilómetros, miré constantemente hacia atrás, sabiendo que si me capturaban, enfrentaría un campo de prisioneros –o peor, una ejecución pública. De cualquier forma, nunca volvería a ver a mi esposa o a mi familia.

Llevaba veneno conmigo. Si me capturaban, estaba listo para quitarme la vida. Como hijo de un «traidor», sabía exactamente lo que me harían.

Una noche, arrastrándome por un campo de maíz cerca del río Yalu, oí pasos. Los guardias estaban cerca, con la orden de disparar a matar. De pronto, un soldado caminó directamente hacia mí. Me paralicé. Mi mano sostenía el veneno.

Se detuvo –a escasos centímetros– y empezó a orinar. No me vio. Cuando se alejó, me quedé inmóvil, luego avancé arrastrándome, temblando. Pero seguía vivo.

132 Finalmente crucé a China. Pero aún no estaba a salvo. El gobierno chino a menudo captura a los desertores y los devuelve. Pasé meses cruzando China y el sudeste asiático—por selvas, ríos —siempre escondido, siempre con miedo.

Finalmente, llegué a Corea del Sur. En el momento en que mis pies tocaron suelo surcoreano, caí de rodillas y lloré. Era libre.

El cielo se veía más brillante. El aire olía diferente. La libertad tenía un sentimiento. Y jamás lo olvidaría.

El reencuentro: ayudando a mi esposa a escapar

Llegar a Corea del Sur fue como aterrizar en otro planeta. De la noche a la mañana, pasé de la oscuridad a luces de neón. Todo era desconocido —la comida, la tecnología, la libertad. Recuerdo entrar a un supermercado y ver pasillos enteros llenos de comida. Fue surrealista. Tenía electricidad con solo presionar un interruptor, agua corriente 24/7 y —por primera vez— podía hablar sin temor a ir a prisión.

Pero nada de eso importaba sin mi esposa, Jiyeon. Mi misión estaba clara: tenía que traerla a la libertad. 133

Desde el primer día, trabajé turnos de doce horas para ahorrar para su escape. Pasaron diez largos meses –meses en los que ella no sabía si yo estaba vivo o muerto. Finalmente, logré contactarla mediante un intermediario.

Cuando por fin hablamos, fue desde la cima de una montaña, lejos de cualquier detector de señal. Al principio, no pudimos hablar. Solo lloramos. Luego le pregunté: «¿Vendrás, verdad?». Y me dijo que sí.

Ahora era su turno de emprender el mismo viaje aterrador que yo había vivido. Solo podía esperar y rezar. Saber exactamente lo que enfrentaría lo hacía aún más difícil. Pero Jiyeon es valiente y fuerte. El 27 de diciembre de 2011, cruzó el río. Unos meses después, llegó sana y salva a Corea del Sur.

Cuando nos reencontramos, rompimos en llanto– y luego me dio un puñetazo y me llamó mentiroso. Me lo merecía. Mi «viaje de negocios de dos semanas» se había convertido en dos años. Nos abrazamos, sin decir palabra. Pero sabíamos: lo habíamos logrado. Éramos libres juntos.

Hoy vivimos en Estados Unidos, una vida que aún se siente como un hermoso sueño. Tenemos dos hijos maravillosos que no conocen el hambre, salvo cuando piden un refrigerio antes de cenar. Nunca se inclinarán ante el retrato de un dictador ni temerán a la policía secreta. Cada día agradezco las bendiciones más simples: la risa de mis hijos, el aroma del desayuno, la luz de la libertad.

Antes, el régimen decidía cada parte de mi futuro. Ahora, mi familia y yo elegimos nuestro camino.

Vamos a pescar, acampar, hacer senderismo –libertades que antes parecían imposibles. Y a veces, al ver jugar a mis hijos, me siento abrumado por la gratitud... y por la tristeza, al imaginar lo diferentes que podrían haber sido sus vidas.

A menudo pienso en mi padre, que murió en una prisión norcoreana por decir la verdad. Él soñaba con esta vida para sus hijos. Y sé que millones aún atrapados en Corea del Norte merecen esa misma oportunidad.

La libertad es un regalo. Y conlleva una responsabilidad: ser la voz de aquellos que aún no pueden hablar.

Hoy compartí estos recuerdos dolorosos y personales con ustedes porque no quiero que el mundo aparte la mirada de Corea del Norte.

Estoy aquí como un hombre libre, pero soy la excepción. Veinticinco millones de norcoreanos siguen atrapados en un régimen que aplasta la libertad, castiga el pensamiento y usa el hambre y el terror como armas. No son solo estadísticas. Son padres y madres, hijos e hijas –familias como las suyas– privadas de dignidad y elección.

Hoy, a través de mi trabajo con el Comité de Derechos Humanos en Corea del Norte (HRNK), lucho por quienes no pueden hablar. HRNK investiga abusos, amplifica las voces de las víctimas y exige rendición de cuentas en la escena global. Nuestra misión es clara: no dejen que el mundo olvide al pueblo norcoreano. Generen conciencia. Exijan acción. Luchen por la justicia.

Esto no trata solo de armas nucleares o de un dictador. Se trata de 25 millones de vidas. Su voz importa. Pongan los derechos humanos al frente. Cuenten sus historias.

136 Mi esposa y yo no buscamos lástima. Buscamos acción y cambio.

Mi padre murió solo en una celda, creyendo que el mundo nunca escucharía su voz. Al estar hoy aquí, honro su memoria. Me aseguro de que su voz, y las de muchos otros, finalmente sean escuchadas.

Los norcoreanos no somos víctimas indefensas, somos sobrevivientes. Nuestro deseo de libertad es más fuerte que el miedo, más fuerte que las fronteras, más fuerte que el silencio.

Espero que mi historia les ayude a apreciar las libertades que disfrutan: hablar, creer, moverse, vivir. Y más que eso, espero que les ayude a sentirse conectados con el pueblo norcoreano, no como extraños, sino como seres humanos cuyas vidas importan.

Por favor no aparten la mirada. Ayúdenos a llevar luz al lugar más oscuro del planeta. Para que algún día, el pueblo de Corea del Norte pueda estar a nuestro lado, no con miedo, sino con libertad.

Gracias por escuchar. Y gracias por elegir preocuparse.

Contacto

CEU-CEFAS | Centro de Estudios, Formación y Análisis Social

Calle de Guzmán el Bueno, 133 | 28003 Madrid | España

Teléfono: (+34) 91 514 05 77

cefas@ceu.es



Ediciones
Instituto de Estudios Históricos